

EDICIONES BIBLIOTECA FIENE
SERIE ALFA.

EL Sospechoso

Charles
LAUGHTON
Ella
RAINES







EL
SOSPECHOSO



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO

Valencia, 234 - Teléfono 70657

BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPRIETARIO: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
APARTADO DE CORREOS 797 ← BARCELONA

AGENTES DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbaf, 14, Barcelona - Tornos, 4, Madrid

EDITORIAL
ALFA



«NO» XIX

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE  ALFA

NUM. 334

NUM. 85

EL SOSPECHOSO

Philip Marshall no era un ser perverso, dotado de instintos criminales, sino un hombre de bondadoso corazón, atormentado por su vana lucha en busca de la felicidad. Su hogar no era tal. Una burda parodia, construida sobre las cenizas de todo lo que Cora, su esposa, había destruido con su insufrible carácter. Un día la dicha pareció saltar en mitad de su camino es la persona de Mary. Pero multitud de obstáculos les separaban y la tarea de Philip fué entonces el librarse de ellos. Le pareció que lo conseguía, hasta que...

EXCLUSIVA



E. B. FILMS

Paseo de Gracia, 91
BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

Phillip Marshall

Mary Gray

con Dean Harens, Henry Daniell, Rosalind Ivan,
Mollie Lamont, Stanley Ridges, etc.

Charles Laughton

Ella Raines

EDICIONES BIBLIOTECA FILM

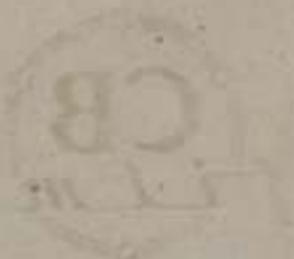
SERIE ALFA

EL SOSPESO

Director:

Robert Siodmak

E. S. FILMS



EXCLUSIVA

EL SOSPECHOSO

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELICULA

PHILIP MARSHALL

PHILIP Marshall iba lentamente por la acera, camino de su casa. La leve evasión de su atormentada vida hogareña que significaban las horas de oficina, había ya terminado. Inevitablemente debía volver a enfrentarse con la arpía de lengua de víbora que había destrozado su existencia, roto sus ideales y amargado el fondo de su bondadoso corazón, pero aparentemente no se inmutaba por ello. Su mujer lo era desde hacía muchos años, largos y duros años en que la juventud se había evaporado de un modo silencioso, imperceptible, dejando un residuo de dolor y una resignación inquebrantable que le había templado el alma para so-

portarlo todo, para sonreírse de todo con una mueca tristonía. Ella era violenta, agresiva; mordaz y cruel el sarcasmo de sus palabras. Sus chillidos le hacían hervir la cabeza, desbandando en ella las ideas como un artollador huracán. Cora... Le parecía imposible haber pronunciado en algún tiempo este nombre con cariño, haberla amado lo bastante para llevarla al altar. Y, sin embargo, así había sido, y este amor dió un fruto, el hijo que ahora era ya un hombre lleno de ambición, de ilusiones y de confianza en su porvenir.

Sabía que le aguardaba, dispuesta como siempre a derramar sobre su cabeza un torrente de injurias y recriminaciones, y aun

así la sonrisa no se borraba de su rostro. Jamás consentiría en que un extraño conociese su calvario, jamás nadie debería saber que su vida conyugal era un fracaso. Para todos, él, el buen señor Marshall, vivía una vida vulgar, pero feliz, ordenada, plácida. Así había sido siempre y así seguiría siendo, hasta que el Señor lo recibiese en su seno para premiarle con la verdadera paz.

En la casa vecina, la señora Simmons cuidaba de su jardín. Abandonando sus pensamientos, Philip le dedicó un amable saludo.

—Hace un día hermoso.

—Sí, es una delicia.

Contempló su rostro todavía bello y por un momento imaginó lo que hubiera sido su vida teniendo a ella al lado, tan dulce, tan resignada, tan buena como podía sentirse él. Ella en lugar de Cora... Luego su rostro se torció en una mueca ante la imagen de su esposa casada con Simmons, inútil, gandul, borracho y perverso.

¡Qué diversos contrastes guardaba el destino!

—Hace usted milagros con su jardín.

—¡Oh! Tengo buena mano,

que dicen en Devon... ¿Quiere usted alguna planta?

—Se lo agradezco mucho... pero temo que mi mujer... no tenga mucho tiempo para cuidar el jardín... y yo...

¡Otra vez la amarga realidad! No, él no podía tener flores en su casita, no podía tener más que disgustos...

Un coche que venía por la calle se detuvo ante ellos. Philip lo miró sorprendido.

—¿Viene usted aquí? —preguntó.

—Me dijeron que estuviese aquí a las seis en punto, señor—repuso el cochero.

—¿En el 26?

—Sí, en el 26, eso es.

Era el número de su casa. ¿Qué podía haber ocurrido? ¿Por qué un coche? Ansiosamente abrió la puerta y se encontró en el vestíbulo. Allí estaba Cora, grabada en su rostro la misma burlona maldad de siempre, en aquel rostro que había perdido ya la belleza de la juventud para ser espejo de las más burdas pasiones.

—Vaya, vaya, señor Marshall. ¿A qué debemos el honor de que vengas por tu casa?

—¿Para quién es ese coche,

Corá? —dijo él, rehuendo la pregunta.

—Yo no lo he avisado... Tengo suficiente con el ómnibus en las pocas ocasiones en que dejo de ser la esclava de esta casa.

—¿Fué John quien lo mandó llamar? —hablaba blandamente, pero reflejando firmeza, con una indiferencia hacia ella que la exasperaba más que si con sus continuos alfilerazos hiciera estallar su cólera o su dolor.

—Cada día eres más inteligente... Sí, ha sido este jovencito... Deja su hogar para siempre, el muy ingrato, egoísta y haragán.

Philip comenzó a subir la escalera que conducía a las habitaciones.

—¿Qué le has hecho esta vez?

—¿Hacerle yo al señorito? ¡Ja, ja! Eso es, échame la culpa a mí... Lo único que hice fué traerle al mundo, cuidarle, mimarle y doblegarme a todos sus caprichos. Anda, ve a verle... ¡Y dile que si se marcha de esta casa, abandonando a su propia madre, que no piense jamás en volver a ella!

La puerta del cuarto, al cerrarse, apagó sus gritos.

—Bueno, hijo...

El muchacho estaba terminando su equipaje entre aquellas

paredes que habían visto transcurrir toda su existencia.

—Lo siento, papá —dijo tristemente.

Philip suspiró.

—Está visto, era inevitable...

—De no ser por ti lo hubiera hecho hace ya tiempo.

Multitud de pensamientos se agolpaban tras la frente del padre. ¡Su hijo, el único consuelo en aquella morada de demonios, le abandonaba! Desazonado miró las maletas: significaban libertad. ¡Esa libertad de la que tanta sed tenía! Saliendo a la calle, John la absorbería por todos los poros. La vida se abriría ante él, ancha, bella, sonriente. El pesar que ahora debía oprimirle sería rápidamente olvidado... ¡Viviría!

Le envidió, le envidió con todas las fuerzas de su ser, con el recuerdo de su juventud perdida, que aun le dolía en el alma. El debía seguir allí, oprimido, odiando y odiado por todo el resto de su vida...

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Anduvo tras de mí todo el día para que arreglase el fregadero... Créeme que no he tenido tiempo. Tú ya sabes lo que ocurre en la oficina: todo el mundo

está intentando hacer méritos para conseguir esa plaza en el Cañadá.

¡Ambición! Envidiaba también esa sana y juvenil ambición que da aliciente a la existencia.

—Ya lo sé —dijo.

—Yo, por mi parte, también he aprovechado para hacer algún trabajo... cálculos de precios. Pensé que los jefes lo apreciarían.

Philip asintió.

—Ella cogió una de sus rabieta... —John indicó con gesto deprimido la chimenea, donde se veía un montoncito de cenizas—. Antes de que pudiera evitarlo... veinte páginas, una semana de trabajo.

El rostro de Philip se endureció y su bondadosa mirada tuvo un turbio destello. Ayudó a su hijo a llevar el equipaje, sintiéndose poco a poco invadido por la emoción de la despedida.

—Envíame tu dirección.

—Descuida, te escribiré en seguida.

Comenzaron a bajar la escalera.

—Saldremos los días de fiesta, si no estás muy ocupado.

En la alfombra, sobre uno de los peldaños, había un roto que

ofrecía peligro de enredarse los pies en él.

—Cuidado con este escalón, papá.

—Podemos ir a Masgate, ¿verdad? —prosiguió Philip, animándosele ligeramente las facciones—. O al río, tal vez.

Abajo estaba Cora, erguida, desafiante. La expresión de sus ojos tenía un algo de desdén y belicosidad que la hacía repulsiva. A pesar de ello, el muchacho se le acercó para besarla, pero ella lo rechazó violentamente.

—Adiós, mamá —dijo, recogiendo sus valijas.

—¡Adiós, mamá! —se burló ella con voz sibilante—. ¡No me vengas con hipocresías!

Philip sintió una punzada dolorosa que le atravesaba el corazón, ante aquella madre que sólo tenía odio para su hijo. Sintió la ofensa como dirigida contra su propia dignidad y, abrazando a John, lo condujo hacia la salida.

—Te echaré de menos, hijo...

—el enternecimiento le ahogaba al verle marchar, desde la puerta. Luego, como si hubiera tomado una súbita decisión, la cerró rápidamente y, erguido y cerrando los puños, comenzó a subir la escalera de dos en dos peldaños.

La voz de Cora fué tras él, golpeándole los tímpanos de un modo odioso.

—¡Philip, ven acá! ¡No te vayas ahí arriba a esconderte!... ¿Vas a dejarme con la palabra en la boca... como si fuera una criada? Conozco bien mis derechos aunque tú no lo sepas...

Pero él se hizo el sordo y, en vista de ello, la mujer recogió sus faldas y corrió escaleras arriba. Al cruzar el umbral de su alcoba pareció reventar como un volcán de furor; su marido iba sacando de los muebles sus efectos personales.

—Oye, ¿qué es lo que vas a hacer ahora?

—Me mudo a la habitación de John.

Philip habló con voz sorda. Su calma y su aplomo imponían. Había tomado una decisión y no pensaba variar un ápice su línea

de conducta. Aquello había terminado: John estaba fuera y no toleraría más, nunca más, la presencia de aquella arpía. Tendría su habitación y viviría su vida. Estaban casados, es cierto, pero el extremo a que habían llegado le obligaba a obrar como lo hacía.

Fué inútil que Cora se desgañitase con sus gritos, protestas y amenazas. El permaneció impasible y frío, conteniéndose como siempre, pero impuso su voluntad.

—Pero... ¿qué te ocurre? —dijo ella al fin—. ¡Querría saber qué es lo que estás pensando!

La mirada de Philip fué acerada, como un soplo helado que naciere de su subconsciente. Las palabras cayeron de sus labios blandamente, lentas, muy lentas...

—Es mejor que lo ignores, Cora... Te podrías asustar.

EN LA TIENDA DE FRAZER

« FRAZER y Nicholson. Proveedores de tabaco de Su Majestad Eduardo VII».

Ante el gran escaparate que ostentaba esta leyenda, una hermosa muchacha se detuvo indecisa. Sus ropas denotaban humildad, pero no podían velar el encanto que emanaba de su figura magníficamente proporcionada, de su rostro de perfecto óvalo, dotado de unos grandes ojos verdes llenos de misteriosos reflejos. A través del cristal observó la tienda, próspera, elegante, bien surtida y bien atendida. Luego oprimió la puerta y entró, causando sorpresa entre los dependientes. Uno de ellos se acercó solícito.

—Señorita, ¿en qué puedo servirle?

—No cerrarán todavía, ¿verdad? —dijo ella como vacilando. Su voz tenía un encanto suave y transparente, como el de una fuente en primavera.

—No, pero falta muy poco.

—Yo quisiera que... —nueva vacilación. El hombre, sin embargo, creyó comprender.

—Perdón... A las señoras no se las vende tabaco.

Ella rió y su risa armonizaba con su voz.

—¡Oh, no! No es nada de eso... quisiera ver al gerente.

—¿El señor Marshall? Haga el favor de esperar un momen-

to. Siéntese usted; la recibirá inmediatamente.

En su despacho, Philp Marshall trabajaba. Era allí donde su existencia transcurría plácida, agradable. Entre sus camaradas, llegaba a veces a olvidar la obscura jaula que era su hogar y la fiera que era su esposa; por eso amaba la señorial tabaquería, la envidiable tranquilidad que en ella se respiraba, el amable comedimiento de los empleados y clientes. Nunca se hubiera movido de su oficina, nunca hubiera traspasado los límites de aquel círculo, sabiendo que fuera de allí estaba Cora...

—¡Merridew! —llamó súbitamente.

Un muchacho, el botones, apareció.

—Diga, señor Marshall.

—Tengo que llamarle muy seriamente la atención.

—Diga usted.

—Siento decirte —el tono que empleaba era mezcla de dulzura y severidad— que hay un error en tus cuentas. Falta un penique en los sellos móviles.

El botones bajó la cabeza y dijo humildemente:

—Es... es... es que los gasté en caramelos esta mañana...

pero lo pienso pagar el sábado; descuide, señor Marshall.

—Y los... dos peniques que faltaron anteayer, ¿por qué los gastaste?

La muchacha que esperaba ser recibida, oyendo el rumor de la conversación, se acercó al tabique encristalado que cerraba el despacho y miró por él. Un hombre ya entrado en años, algo grueso y de aspecto ligeramente burocrático, cuyos cabellos comenzaban a blanquear, reprendía a un chiquillo uniformado. Adivinando que era el señor Marshall, escuchó ansiosamente sus palabras, y su corazón se emocionó ante la mirada cariñosa de sus ojos y el tono en que hablaba.

—Con que los gastaste en un refresco, ¿eh? —estaba diciendo—. Eso es más serio... ¿Y los dos peniques del miércoles?

—En un monigote de cartulina, pero lo pagaré todo el sábado; esté usted seguro.

—Eso es lo que dicen siempre los rateros —su voz adquirió mayor severidad y Merridew se estremeció.

—Yo no soy ningún ratero —dijo compungido.

—Ya lo sé, pero sigues ese camino... El primer paso ya está.

dado; después te deslizarás solo por la pendiente; seis peniques mañana, media corona al día siguiente... y cinco libras después.

—Pero...

—Ya sé que te propondrás pagarlo siempre..., pero me temo que acabes por pagarlo en la prisión de Portland, hijito.

El chiquillo no pudo contenerse más y rompió en sinceros sollozos, ante lo cual Philip, enternecido, prometió hacer la vista gorda aquella vez e incluso le alargó su pañuelo para que se secara los llorosos ojos.

El dependiente que atendiera a la muchacha, penetró en el despacho.

—Una joven desea verte, señor Marshall —anunció.

Ligeramente interesado, el gerente fué a la puerta y la hizo entrar. Durante unos momentos la observó desconcertado, atento solamente a la seducción que emanaba de su persona. Luego, por la expresión de su cara y las ropas, elegantes, pero ya algo raídas que vestía, adivinó a lo que había venido.

—¿Quiere usted sentarse?

—Gracias.

La muchacha alentaba la esperanza de que aquel hombre

bueno le proporcionaría lo que en vano había estado buscando.

—Bien, ¿en qué puedo servirle?

—Yo soy quien desea servirle a usted... Busco un empleo.

Philip puso un gesto triste y sorprendido que decepcionó a la joven.

—¿Trabajo? —preguntó—. ¿Aquí?

—Sí —dijo ella ansiosamente—, en la oficina. Conozco la taquígrafía.

Pero, desgraciadamente, el gerente nada podía hacer. El negocio de los señores Frazer y Nicholson estaba montado a la antigua, tradicionalmente. Los escribientes llevaban en su empleo treinta o cuarenta años y la taquígrafía, las modernas máquinas de escribir y las secretarías hubieran sido allí algo enormemente inconcebible, desplazado, revolucionario. Así lo comprendió la muchacha, y sus esperanzas se derrumbaron para ceder el sitio en su alma a un enorme desaliento.

—Lo lamento... —dijo Philip—. Creo que debería probar suerte en una tienda de novedades.

—Ya lo intenté —repuso ella. Y luego, cuando la acompañaba

E L S O S P E C H O S O

a la puerta, añadió con amargura:

—Está haciendo un tiempo hermoso, ¿verdad?

El señor Marshall la vió partir, sintiendo su fracaso casi tan dolorosamente como ella. Pero

se encontraba atado de manos y no tenía otra alternativa que abandonarla, con todo su humilde encanto y su belleza, a los caprichos de su destino. Con un suspiro, se reintegró a su trabajo...

LARGO VIAN

MARY GRAY

El trabajo de la tabaquería había ya terminado. Como siempre, Philip Marshall fué el último en abandonarla y, como siempre también, se encaminó lentamente a su casa por las viejas calles londinenses.

Había caído la noche y la neblina convertía en burdos espejos aceras y calzadas, donde la luz de los faroles encontraba reflejos. En el Big-Bon sonaron horas. Philip consultó su reloj: las seis. Todo transpiraba paz y calma, solemnidad semejante a la que vibraba en las tradicionales campanadas. Se detuvo como para absorverlas, para aquilatar el instante de vida ciudadana tan lleno de ambiente mientras en su

cerebro los pensamientos se confundían con la realidad.

De pronto, allí cerca, sonó un gemido. ¿Dónde fué? Tras de un arbusto en la plaza contigua.

Sus pasos le condujeron hasta un banco, donde una mujer sollozaba con el rostro entre las manos. Philip tenía buen corazón: se sentó a su lado, puso una mano en su hombro y le dijo suavemente:

—Usted perdone... ¿Puedo ayudarla en algo?

Ella se estremeció y su reacción fué violenta.

—¡Siga su camino, déjeme en paz!—de pronto, al levantar la cabeza reconoció a su interlocutor.

—¡Oh, señor Marshall!—

añadió en otro tono—. Creí que era uno de esos...

—Pues no lo soy... detesto a tales tipos.

—Perdóneme, por favor —dijo tristemente.

Y él, en tono dulce, consolador:

—Solamente deseo poder servirle.

Era la muchacha que fué a verla en demanda de un empleo. Al verla en tal estado, el remordimiento le asaltó mezclado a un sentimiento de protección que le inspiraba su virilidad, todavía pujante a pesar de los años que iniciaban en su ser su trabajo demoleedor.

—Le aseguro —dijo sinceramente— que lamento no tener trabajo en mi oficina, señorita...

—Gray —le informó ella—, Mary Gray.

—Señorita Gray... Ya sé que el fracaso deja siempre un sabor amargo.

—No era eso solamente —Mary intentaba justificar su llanto— intentaba justificar su llanto—. Es que estuve todo el día buscando colocación y no comí siquiera... Me sentía muy deprimida.

Se levantaron del banco y caminaron lentamente, uno junto a otro. La joven, captada por la

confianza que el rostro de Philip despertaba, fué exponiendo las causas de su pesar. Aquella noche, después de buscar en vano una colocación, se sintió horriblemente sola y desamparada. Su padre, lo único que tenía, había muerto aquel invierno...

—Mire —dijo Philip—, yo sé lo que es estar solo, y también sé que se puede soportar. ¿No es verdad que le consuela un poco?

—Sí, señor, mucho.

La conversación del señor Marshall era como un bálsamo sobre las heridas del corazón de Mary. Poco a poco fué olvidando su llanto hasta que en su deliciosa boca brotó la sonrisa, y entonces él, satisfecho de su acción, quedó inconscientemente prendido de su encanto. Al cruzar por su imaginación la visión del hogar que le aguardaba y de Cora, se dió cuenta que él, realmente, también estaba muy solo, muy falto de cariño y de amistad. Antes aún tenía a John a su lado, pero ahora ya nada en la vida le atraía y sentía nostalgia de una compañía afable, agradable, y más todavía, si ésta estaba dotada de una sutil feminidad. Fué algo nuevo en él, como un rebrote de sus cualidades afectivas a través de la costra de amargura con

que los años le habían recubierto.

—Quiero que unamos nuestras soledades —dijo de pronto.

—No le comprendo.

—Vamos a cualquier sitio —explicó— a comer algo y a charlar un rato, y estoy seguro que recordaré quién necesita los servicios de una joven que maneja esas horribles máquinas de escribir.

Ella dudó. Su conciencia de buena muchacha se rebelaba ante el hecho escueto de ir a cenar con un hombre que le era casi desconocido. Y, sin embargo, le parecía tan bueno... tan alejadas de su espíritu las bajas pasiones y la ruindad materialista de la existencia... Incluso sintió algo de lástima, porque parecía tan desgraciado y tan perdido en la húmeda inmensidad de Londres como ella.

—¿Por qué no prueba sólo por esta noche?— El insistió. A cada momento la necesitaba de un modo más imperioso. Comprendió que si ella se negaba, su yo se anonadaría en las tinieblas de una vida que no era vida. Le precisaba su luz, la luz de su sonrisa que sería el aliento vital de que hasta entonces había carecido—. Tal vez consiga distraerse, y con

ello me haría usted un gran bien...

Mary accedió. Algo superior a sus fuerzas la atraía hacia aquel hombre generoso. Sus corazones latían al unísono, habían latido siempre así, pero fué preciso aquel encuentro para que se pusiera de manifiesto, aunque ninguno de los dos se apercebiera de ello.

Tomaron un coche.

—Pero a usted... le estarán esperando—dijo la joven.

—Esperando... — un suspiro cortó sus palabras, y con súbita decisión añadió: —No, no tengo a nadie.

Dió al cochero las señas de un restaurante chino, en Covent Street y se reclinó en el asiento con una sonrisa.

—Estoy muy contento porque se ha fiado de mí en seguida.

—Es natural—repuso Mary— le vi hablando con aquel muchacho.

—¡Ah! ¿Se refiere a Marri-dew?

—Ése a quien no enviará por ahora a la cárcel— aclaró ella, sonriendo a su vez.

En efecto, oyendo sus palabras y viendo sus ojos, fué en aquella ocasión cuando adivinó el carácter de su acompañante.

Su alma, toda bondad, se le manifestó sinceramente y ahora podía comprobar que cuanto entonces pensara sobre él era cierto.

—Usted es muy bueno con él.

Philip pareció sorprenderse.

—¿Bueno? — dijo bromeando—. ¿Bueno yo? Mi querida señorita, ya lo descubrirá con el tiempo; tengo un corazón de granito.

* * *

La amistad entre Philip y Mary fué anudando lazos cada vez más firmes. Uno y otro se comprendían perfectamente; las horas volaban fugaces cuando estaban juntos. Para él la vida estuvo llena otra vez de dotados atractivos: restaurantes, teatros. Todo Londres se abrió al renacer de su juventud. Para ella, el vacío que fué su existencia casi desde que la comenzó, se llenó con el firme apoyo de su personalidad masculina. Poco a poco, insensiblemente, aquella amistad fué transformándose en algo más hondo y nació el amor; un amor que no sabía de diferencias de edades ni condiciones, que brotaba como un fuego avasallador de la hermandad de sus almas.

Tal como se lo había prometido, Philip encontró trabajo a su joven amiga: un empleo en la casa de modas «Exton y Winwood», con lo cual se normalizó del todo su situación.

Únicamente un deseo expresó, atribuyéndolo a un capricho de viejo: el de no conocer a nadie, el de que sus relaciones quedasen para ellos solos.

—Ya sé que es por algo que no quieras decirme — advirtió ella en cierta ocasión, cuando le instaba para que fuese a su casa a cenar, puesto que había invitado a una compañera de trabajo y a su marido.

—Te aseguro que no—respondió él.

Sentía una extraña sensación, algo que quizás era egoísmo, quizás temor o quizás un oscuro escrúpulo de conciencia...

* * *

Una noche, de regreso a su casa, Philip encontró a Simmons, su vecino, discutiendo acaloradamente con el dueño de un bar a la puerta del establecimiento.

—¡Le digo que a mí no se me avasalla!—gritaba.

—En mi casa no se avasalla a nadie, señor Simmons—oponía

el otro amablemente, aunque sin perder la dignidad—; pero la hora de cerrar es la hora de cerrar...

—¡Muy buenas noches, señor Crummitt!—saludó Philip. Conocía al tendero, como a la mayoría de la gente del barrio—. Yo acompañaré al señor Simmons.

—Anda, si es Marshall—dijo aquél con voz estrepajosa—. ¡Hola!

Estaba borracho perdido. No era la primera vez que lo hallaba en tal estado... Su rostro se endureció al pensar en la esposa de aquel depravado individuo.

—¡Adiós, señor Crummitt!—dijo sosteniéndole por un brazo—. Vamos.

—Su esposa estuvo preguntando por usted—manifestó el tabernero desde el umbral.

—¡Oh! ¿De veras?

La voz de Philip mostraba escaso interés.

—Y parecía estar muy asustada.

—También yo soy casado—intervino Simmons con su voz de ebrio—; todas las mujeres son iguales... Ya verá usted. Marshall aguantará el chaparrón.

Dando las buenas noches, Crummitt cerró la puerta. Al

darse cuenta de ello, el borracho se abalanzó sobre ella, dando lugar a una penosa escena.

—¡Abra usted esa puerta, so grosero!—gritó.

—Vamos, Simmons—Philip volvió a tomarle del brazo y se lo llevó balanceante—; me contará por el camino lo que ha pasado.

Durante el trayecto, se deshizo en deshilvanados denuestos contra los tenderos en general y Crummitt en particular.

—Usted es buena persona, Marshall, a pesar de ser tendero—dijo al llegar ante su casa.

—Es favor que me hace.

—Contra usted no tengo nada que decir—insistió.

—Muy agradecido.

El tono de su voz cambió.

—¿Me puede dejar medio soberano hasta el sábado?

La señora Simmons salió de la casa y saludó amablemente a su vecino, procurando disimular el pesar que le causaba la llegada de su marido en tal estado.

—Gilbert, por favor—dijo dulcemente—; anda a acostarte un rato; te sentará bien.

El hombre desapareció por la puerta y ella se detuvo unos segundos, para preguntar a Marshall por John.

E L S O S P E C H O S O

—Dice que está muy bien. Sus jefes piensan enviarlo al Canadá esta primavera.

Dióle las gracias por acompañar a Gilbert.

—¡Edith, Edith!—gritó éste, reapareciendo, al parecer impaciente—. ¡Condenadas mujeres!

Con un gesto de dolor, su esposa entró en la casa. Philip la compadeció una vez más, y una vez más se lamentó de la dura suerte que le había deparado su unión con Cora...

—¡Adiós, señora Simmons!—dijo y se retiró también a su domicilio.

TENSION

UN día, al regresar a su casa, Philip, al querer entrar en su habitación, halló la puerta cerrada. Buscó la llave en la cerradura sin hallarla; se agachó, miró por el suelo, y al fin se incorporó. Con la mirada dura se dirigió a la puerta de enfrente, a su antigua habitación, que ahora sólo ocupaba Cora.

Al abrir la puerta halló a su mujer sentada en el lecho; le saludó burlona:

—¡Ah, eres tú! Pasa... me alegro de verte,

Sin hacer caso de su tono, él pidió secamente:

—Mi llave, por favor.

La voz de Cora se alzó ásperamente.

—Te la daré cuando oigas lo que he de decirte, ni un minuto antes.

—Mi llave —pidió de nuevo Philip.

—¡Qué bonito que una mujer casada decentemente tenga que recurrir a esto para hacer que su marido entre en su cuarto y poder cambiar unas cuantas palabras.

Había hielo en la voz de Philip al responder:

—Cora, no tenemos nada que decimos.

—Con que sí, ¿eh?... Pues, si tú no tienes nada que decir, yo sí lo tengo.

Cora aumentaba sus gritos. Ella no podía tolerarle que volviera tarde cada noche; los ve-

cinos empezaban a murmurar... La misma noche anterior, los Jevoes fueron a verla y extrañaron mucho el no encontrar a Philip en casa; tuvo que decirles que trabajaba también alguna noche...

Philip intentó parar aquel torrente de quejas e injurias pronunciadas a gritos.

—Comprendo tu desagrado, Cora, y siento lo que ha pasado.

—¿Qué vas a sentir? ¿Qué habré hecho yo para sentir tanto? Completamente loca debía estar cuando me decidí a casarme contigo, no creas que me importe no volverte a ver —en una rápida transición arrojó la llave sobre la colcha—. Ten la llave, cógela... y vete, vete y enciértrate en tu habitación, vive dentro de ella y muérete allí.

Rendida por el esfuerzo, se desplomó sobre la almohada presa de un llanto convulsivo.

Philip, luchando consigo mismo, logró vencer el impulso que lo arrastraba fuera de la habitación de su esposa, lejos de ella, y cogiendo una silla, se sentó al lado de la cama.

—Vamos, Cora, ten en cuenta que los vecinos de al lado lo oyen todo.

¿Los vecinos? A Cora no le

importaba, ella no tenía de qué avergonzarse. Philip intentó calmarla razonando. En vano; con el llanto y los gritos no lograba nada. Era aquél un tema que ya habían tocado innumeradas veces sin llegar a ningún resultado. Era preciso, insistía, hablar con serenidad.

Al fin, Philip consiguió que su esposa le escuchara.

—Tenemos aún algunos años por delante, ¿por qué no vivirlos tranquilamente separados uno del otro?

—¿Separados? —Cora no comprendía—. No te entiendo.

—Me voy, Cora —Philip concretó.

—Pero... ¿qué estás diciendo?

—Sólo eso... que me voy.

Philip se levantó de la silla para marcharse y cuando alcanzaba la puerta, la verdad se abrió paso en la mente de Cora, embrutecida por el odio y las pasiones violentas. Era al divorcio que se refería su esposo. Se irguió en el lecho como una serpiente a punto de saltar.

—¡Divorcio! — las sílabas silbaban al pasar entre los apretados dientes—. ¿Te refieres al divorcio? ¡De ningún modo!... una mujer que no sabe retener a

su marido es el hazmerreir de todos.

Fué inútil cuanto Philip intentó para convencerla. Fueron vanos los argumentos que empleó. Todo se estrelló contra sus oídos cerrados a cuanto él dijera. Sólo a sí misma se oía. Se habían casado, y casados seguirían hasta que la muerte los separase. ¿Abandonarla?... Que lo intentara.

—Inténtalo... anda, intenta abandonarme... Ya sabré yo ir a tu preciosa tienda...

—¡No te atreverás, Cora! — rugió Philip, sin poder dominarse.

—¡Sí, Philip Marshall, me atreveré y te echarán de ella, te echarán de tu tienda!... Me gustará ver la cara que pondrá el viejo Trazer cuando le diga la clase de individuo que eres... ¡Se lo diré, claro que se lo diré!...

El grosor de la puerta del cuarto de Philip, al cerrarse violentamente, apagó el tono de la voz de Cora.

* * *

Unas noches más tarde, a la salida de la oficina, Philip se dirigía al pequeño restaurante ita-

liano donde había quedado citado con Mary. Debido al mucho tráfico de aquella hora, tuvo que volverse repetidas veces. En una de ellas le pareció entrever, amparándose en la sombra, una figura femenina que marchaba tras él. De momento no le concedió importancia, mas cada vez que se volvía seguía viéndola siempre a la misma distancia. Aceleró el paso y oyó unos tenues taconazos que aumentaban su ritmo. Una duda germinó en su mente... ¿Cora? ¿Sería posible?

Al volver una esquina, se hundió en la niebla que invadía un portal abierto y esperó. No hubo de aguardar mucho; a los pocos segundos una figura de mujer se detuvo, vacilante, a pocos pasos de su escondite; miró a derecha e izquierda y Philip pudo reconocer el odioso perfil de su esposa. Contuvo el aliento y se adosó a la pared del portal temiendo ser descubierto.

Cora no acertó a verle. Avanzó unos pasos y se detuvo de nuevo dudando; de pronto, echó a correr tras alguna sombra en la que creyó reconocer la silueta de su esposo.

Philip, tensas las facciones, dió un suspiro y se limpió ma-

quinalmente el polvo de la pared que ensuciaba su abrigo. Luego asió con fuerza su bastón y continuó su camino con la cabeza inclinada.

* * *

Philip llegó con retraso a su cita con Mary. Después del encuentro con su esposa había reflexionado largamente durante el camino y contra lo que su corazón le dictaba, había tomado resoluciones que le llenaban de pena y se reflejaban en su rostro.

Mary lo notó.

—No comes casi nada, ¿no estás bien? Te encuentro distinto esta noche.

¡Distinto! ¡Si ella supiera cuánto sufría interiormente! A punto estuvo de olvidar sus propósitos... ¡pero no, él no podía exponer a Mary a un encuentro con Cora... ¡Cerró los ojos para apartar la visión de la horrible escena en plena calle.

—Mary, estoy muy preocupado.

—Vamos, no será la cosa tan grave —sonrió ella.

—Es lo peor que podía ocurrirnos... Desde hoy no podemos volver a reunirnos más.

Y ante el asombro de Mary, Philip comenzó a hablar:

—Recuerdas la primera noche que nos vimos? Te dije que era libre, que no me esperaban, que no tenía compromisos de ninguna clase...

Mary palideció.

—Dime, ¿tienes mujer?

Philip bajó la cabeza. Si Cora hubiese querido... hubiera sido todo tan fácil y tan hermoso... él y Mary... la voz de ésta interrumpió su sueño.

—No tuviste confianza, ¿verdad?

—No, ya ves... temí que no quisieras verme de nuevo... y yo no quería dejar de verte de ninguna manera —la emoción enronquecía la voz de Philip— hubiera soportado cualquier cosa menos perderte, y pensé que ella me dejaría... le pedí que aceptase el divorcio.

—¿No quiere?

—No... ésta es nuestra última entrevista... tú también arriesgas demasiado.

En aquel momento se acercó un camarero con una botella de vino.

—¿Lo sirvo ahora, señor?

Y Mary, sonriendo a través de las lágrimas, respondió por Philip.

—Sí, puede servirlo..., ahora es la ocasión.

Cuando el camarero se hubo retirado, ella alzó su copa y mirando a Philip en los ojos, brindó muy bajito:

—Por favor..., por mi cariño.

Y al inclinarse a beber, una lágrima cayó dentro de la copa. En ella iba todo el renunciamiento de un alma joven y desinteresada, que sacrificaba su corazón en aras de un amor que el destino se empeñaba en hacer imposible.

NOCHEBUENA

PASÓ el tiempo. Philip hizo un enorme esfuerzo de voluntad para restablecer algo que se pareciese a la normalidad en su vida conyugal. No volvió a ver a Mary y, aunque ello le produjo la tranquilidad de saberla a salvo de la ira de Cora, los días dejaron para él de tener trascendencia y se sumergió en un marasmo absoluto. De nuevo la vida adquirió aquella irritante monotonía hecha del trabajo en la tabaquería y los disgustos en el hogar, de la cual ahora no tenía ninguna probabilidad de evasión.

Era Nochebuena. Philip, como imponía la tradición y se lo pedían sus sentimientos, preparó en la sala un árbol de Navidad.

Ocupado en adornarlo, oyó abrirse la puera de la calle.

—¿Eres tú, Cora?

—Quién, si no?—su voz tenía el acostumbrado tono desabrido y burlón.

—Ven aquí —dijo él dulcemente—. Quiero enseñarte una cosa.

Ella se detuvo en el umbral, al ver el árbol.

—¡Vaya!—dijo irónicamente.

Philip se acercó a ella.

—Felices Pascuas... ¿Te gusta esa sorpresa.

Pero Cora no compartía los esfuerzos de su marido para restablecer la paz y la cordialidad. Ni la vecindad de una fiesta tan significativa, ni el ver el cariño con que había preparado el árbol, ni

el tono afectuoso con que la felicitó, la afectaron en absoluto. Con cruda mordacidad fué zahiriéndole, buscando un pretexto para llevar la conversación al terreno que deseaba. El aguantó estoicamente insultos y pullas, hasta que...

—¿Dónde vas a poner el muérdago? —preguntó ella de pronto.

—No he comprado.

—¿Qué? ¿No compraste? ¿No quieres besarme bajo el muérdago.

Philip no respondió y continuó arreglando el árbol como si no hubiese oído la pregunta. Esto exasperó a Cora.

—Podías cerrar los ojos y hacerte la cuenta que era otra.

—No hay otra, Cora —dijo él blandamente.

—No... nosotros dos solamente —el paroxismo del odio y de la furia asomaban a la burla de sus palabras—. Tú y yo, recorriendo juntos el camino de la vida.

—Esa es la verdad, Cora—dificilmente podía conservar la calma, pero al cabo lo consiguió—. ¿No sería mejor que intentásemos hacernos la vida agradable el uno al otro y que esta casa fuese un verdadero hogar,

—Tú harás lo que puedas, ¿verdad, cariño? No piensas volver al bar... no te quedarás trabajando en la oficina hasta las tantas... en fin, serás un verdadero hombre de hogar.

—Si tú me ayudas, ¿por qué no he de serlo?

La cruel ironía de su tono alcanzó el grado más elevado al decirle lentamente:

—Nada como la casa de uno, esa es la verdad... ¡desde que ella te echó de su lado!

Con un estremecimiento de horror, Philip se volvió rápidamente y se encaró con ella.

—¿De quién estás hablando?

Quizá por única vez en su vida había conseguido hacerle perder el dominio de sí mismo. Respirando ansiosamente la escuchó, viendo cómo, con sonrisa cínica, se recreaba en su triunfo.

—De esa individua con quien salías por ahí de paseo.

Philip volvió a quedar en silencio, pugnando por ordenar sus dispersos pensamientos.

—No vayas a decirme que no hay tal persona —insistió Cora.

—Y no hay tal persona, puedes creerme.

Había logrado recuperar parte de su calma, pero tuvo que volverle la espalda para esconder

la expresión angustiosa de su rostro. Ella se burló más y continuó machacando sus argumentos, afirmando que mentía, hasta que no pudo callarse lo que sabía:

—Exton & Winwood es la casa en que trabaja..., Melbourne Crescent, la calle donde vive... Mary Gray, eso es su bello nombre. Bueno, ¿por qué no lo desmientes?

Su triunfo había sido completo. Philip lo reconoció, anonadado. ¡Lo sabía todo! Tembló por Mary...

—Es cierto, Cora —afirmó—, pero ya todo terminó.

Sin embargo, ella no tenía bastante con humillarle. Su odio era insaciable y su condición de mujer desdenada pedía venganza.

—¿Ah, sí?—dijo pensativa—. Pues, yo creo que no... ¿Sabes lo que voy a hacer? Ver al vicjo Frasser.

Philip tuvo un sobresalto. ¡Aquello significaba su ruina, su descrédito, su pérdida absoluta!

—¡Cora! —gritó—. ¡No!

Pero ella podía herirle más aún.

—Le diré qué clase de persona tiene allí... lo falso y malvado que eres. Pero si crees que me voy a contentar con que te

echen, te equivocas... ¡Haré lo mismo con ella!

—¡No podrás! —Philip hubiera llorado de impotencia. Los ojos le salían de las órbitas; la paciencia y la resignación que durante tantos años había acumulado, parecían haberse esfumado, arrastradas por el huracán de violentas pasiones que las palabras de su mujer despertaban en su alma.

—Iré a la casa donde vive...

—Cora se revolvió como una furia, como una bruja en la culminación de su odio. Las palabras brotaban de su boca atropelladamente, había perdido aquella burlona superioridad con que comenzara a hablar—. Iré a la tienda donde trabaja y les haré saber qué clase de mujerzuela es ella.

¡Y pensar que Philip se había sacrificado, rompiendo en mil pedazos el cristalino encanto de su nueva vida, para evitar esto! ¡Había sido inútil! Estaban perdidos, irremisiblemente perdidos por culpa de la maldita Cora...

—En ningún sitio honrado le darán trabajo... y no podrá vivir en una casa respetable. ¡Voy a conseguir que todo el mundo sepa quienes sois!

Philip se ahogaba de desca-

peración y rabia impotente. ¡Rabia en él, el manso, el bondadoso señor Marshall! Su rostro descompuesto por una horrible mueca, revelaba el tumulto interior. ¡Mary! ¡Mary! todo su ser la llamaba, tenía sed de su sonrisa, de su voz, de su presencia. ¡Cómo la amaba! Era una nueva juventud, una tardía primavera llena de vida, de alegres colores, de suave fragancias. Las ilusiones bordaban en ella la vaga melodía de su felicidad... ¡de una felicidad que en vano había sacrificado para salvar a su Mary!

Con los labios resecaos, pudo por fin articular:

—Cora, por Dios...

Ella rió ásperamente.

—Hay miedo, es claro... temes por ella. ¡Ja, ja!

—No —repuso Philip lentamente, con una voz que parecía nacer entre negros damascos—, no es por ella...

Así era, en efecto. Ya no temía por Mary, sino por un indefinible impulso que de pronto había surgido de lo más recóndito de su conciencia, un sucio y sangriento impulso que, poco a poco, se había adueñado de toda su voluntad, devolviéndole la calma que ella le había hecho per-

der. Una calma fría, mucho más fría que nunca.

—Pues deberías temer —prosiguió Cora inconscientemente— porque te aseguro que mañana le voy a dar unas Pascuas que no podrá olvidar nunca... —Comenzó a subir la escalera que llevaba a su habitación, fijando en su marido su mirada de bruja—. Anda, sigue con tu arbolito... ¡ja, ja! No sirves para otra cosa.

Al llegar arriba, se encerró con un portazo.

Philip se quedó solo, en un súbito e inquietante silencio. Permaneció inmóvil, atontado, mientras sus ojos parecían sondear inescrutables dimensiones. Luego se acercó a una bastonera y eligió uno de los bastones que contenía. Era el más pesado. Lo sostuvo balanceándolo, en tanto lo miraba con extraña fijeza; por fin giró sobre sus talones. Empuñándolo por la caña, con pasos decididos, pero silenciosos, comenzó a subir la escalera...

* * *

El resultado de la encuesta judicial que se verificó por causa del fallecimiento de Cora Marshall, fué veredicto de muerte accidental. Vistas las circunstancias

que concurrían en el suceso, entre las cuales descollaba el desgarrón en la alfombra de la escalera que, sin duda había dado lugar a que la desdichada tropezase, yendo a romperse la cabeza contra la balaustrada, nadie opuso a tal decisión del «coronero» ningún reparo.

Para Philip, las horas siguientes fueron agustosas. Tras la encuesta, el entierro, los funerales, la visita de amigos y vecinos que, más que hacerse partícipes del duelo, acudían a saborear los bizcochos, bocadillos y vino de Jerez con que sabían serían obsequiados. Suerte tuvieron él y John de la incondicional amabilidad de la señora Simmons, que se hizo cargo de todas las molestias evitándoles una serie de penosas escenas.

Cuando todos los visitantes hubieron abandonado la casa, ella dedicó sus últimas atenciones a Philip, que parecía haber sentido extraordinariamente la pérdida. Al notar la expresión de abatimiento y cansancio de su rostro, le dijo:

—Dígame, ¿ha podido dormir, desde?...

—No, no muy bien.

Y le recomendó un soporífero que ella acostumbraba a usar,

advirtiéndole que una dosis excesiva podía ser perjudicial. El agradeció con sinceras palabras cuanto había hecho.

—No lo mencione... Usted se portó siempre bien con Gilbert y conmigo. ¡Que duerma bien!

—Gracias —repuso él, y ella se despidió.

En el hall estaba John dispuesto a irse.

—No tienes buen aspecto —dijo mirando a su padre—. Si quieres que te haga cualquier cosa...

Philip negó con la cabeza. Todo en él reflejaba un enorme cansancio.

—Lo has soportado todo con entereza... eres valiente.

—Vete ya, muchacho—. Intentaba cambiar el curso de la conversación, porque le afectaba extraordinariamente.

John tartamudeó algunas frases destinadas a alejar de la mente de su padre cualquier pensamiento que pudiese alterar la tranquilidad de su conciencia por lo que se refería a la difunta. Philip se estremeció: ¡si hubiera tan sólo imaginado la verdad!

—Está para llover, llévate el paraguas —dijo con un suspiro.

Al tomarlo de la bastonera el joven se detuvo sorprendido.

—Oye preguntó—. ¿Dónde está aquel bastón que Frazer te regaló?

Su padre sintió que se le erizaban los cabellos. ¡El bastón! ¿Cómo se habría ido a fijar?... Le temblaban los labios. Sin embargo, logró reunir la suficiente

serenidad para responder apartando la vista.

—No recuerdo, lo dejé en alguna parte.

—¡Oh, no tiene importancia! —dijo indiferentemente John—.

¡Adiós, papá!

—Adiós, John.

HUXLEY DE SCOTLAND YARD

CUANDO la puerta se cerró tras de su hijo, Philip quedó parado un rato junto a ella meditando. Le parecía increíble encontrarse solo, completamente solo, entre aquellas paredes entre las cuales tanto había sufrido. El entierro, el cementerio, las visitas que fueron a testimoniarle sus sentimientos, todo se le aparecía como fragmentos rotos de una pesadilla... y, sin embargo, era verdad. Aún resonaban en sus oídos las frases de condolencia, pronunciadas en un tono que quería ser verdadero y que traslucía a falso a distancia. Al fin, suspiró y corrió los cerrojos de la puerta. Al hacerlo le pareció que, al mismo tiempo cerraba tras sí todo un pasado,

y por ello quedó satisfecho al comprobar la solidez de la cerradura.

Luego se dirigió a su escritorio. Requirió papel y pluma y comenzó a escribir a Mary. Su mano tembló al escribir este nombre: «Queridísima Mary». Se disponía a continuar, cuando un fuerte golpe dado en la puerta le detuvo. ¿Quién podía ser a aquella hora? Escondió la carta apenas comenzada en un cajón y cerró contrariado el escritorio. Luego se dirigió a la puerta.

—¿Quién llama?

—Mi nombre es Huxley.

—¿Quién? —Philip no recordaba aquel nombre.

—Inspector Huxley, de Scotland Yard.

—¡Oh!, pase usted, inspector—. Philip se apresuró a abrir la puerta.

Ante él apareció un hombre de una edad mediana, de facciones enérgicas, en las que destacaban unos ojos acerados que semejaban querer adentrarse en el interior de su interlocutor. Sin embargo, sus maneras eran extremadamente correctas.

—¿El señor Marshall?

—Sí, soy yo.

—Recibí orden de venir a visitarle, sé que es molesto —Huxley se disculpó—. Deberá usted contestar a unas cuantas preguntas.

El inspector se despojó de su abrigo y comenzó a subir la escalera.

—¿Sobre qué? —Marshall preguntó.

—Sobre la muerte de su esposa.

—Pero... si ya está todo aclarado. ¿No vió usted los informes?

Sí, el inspector había visto los informes en que el juez dictaminaba una muerte por accidente, sin embargo, él había recibido unas órdenes y no tenía más remedio que obedecerlas. Hizo constar a Philip que no estaba obligado a contestar a sus pre-

guntas si no quería. Entre tanto, Huxley había llegado al agujero de la alfombra de la escalera.

—Creo que fué aquí mismo donde el accidente ocurrió.

—Sí.

—¿Me permite curiosear un poco?

—Claro que sí, pero ya se limpió todo.

—Estas cosas conviene arreglarlas.

Continuando su investigación el inspector señaló un punto de la barandilla.

—¿Es aquí donde dió con la cabeza?

—Sí, se rompió un poco y lo hice reparar rápidamente.

El inspector había llegado al pie de la escalera.

—Resulta un poco raro que mientras el peldaño estropeado sigue sin reparar... esta barandilla se arreglase tan pronto, ¿no cree?

La voz de Philip no tenía expresión.

—¿Qué quiere insinuar con eso?

—Nada —se apresuró a aclarar Huxley.

—Es que si no fué un accidente, debe pensar que... —insistió Philip.

—Precisamente... —le inte-

E L S O S P E C H O S O



—Adios, mamá.

—¡Adios, mamá!... No me vengas con hipocresías.

—Es mejor que ignores lo que pienso, Cora... te podrias asustar.



--¿En qué puedo serle útil?

--Busco un empleo...



--Falta un penique en los sellos móviles, Merri-
den.

E L S O S P E C H O S O



—Gilbert, por favor, anda a acostar un rato.

—Le aseguro que lamento mucho no tener trabajo en mi oficina.



—Philip, ¿no quieres besarme bajo el muerdago?



—Iré a la casa donde trabaja y les haré saber la clase de mujerzuela que es.

E I S O S P E C H O S O



—¿Cómo iba decir que asesiné a mi esposa? ¿Cómo se atreve?...

—... nos casamos esta mañana.



—Es usted un cobarde...
no mataría ni una mosca...
Marshal... el whisky...



—El Canadá es un gran
país...



—¿Como tardaste tanto
en abrir?

Los viajeros dieron el
último adiós.



— Bueno, dentro de unos minutos saldremos.



— Seguramente va derecho a entregarse ..

rumpió el inspector— voy a suponer... siempre desde el punto de vista que... la víspera de Navidad el criminal estaba sentado en esta silla... estaba solo, su esposa andaba por arriba, estaba solo, pensando...

Huxley se acercó al paraguero, cogió un bastón y empezó a subir de nuevo las escaleras.

—Tenía que deshacerse de ella... tenía que hacerlo por algo que sólo él conocía, una razón imperiosa le impulsaba, se levantó, cogió del paraguero el bastón más fuerte... luego apagó la luz y comenzó a subir la escalera con toda clase de precauciones para no hacer ruido... al llegar arriba se escondió en un rincón... y disimulando la voz llamó ¡Cora!, luego aguardó. En seguida ella apareció en el umbral del cuarto, y al ver que no había luz, tal vez refunfuñase y posiblemente gritaría ¿Philip, qué te pasa? No hubo respuesta y ella comenzó a descender... un escalón... dos... tres... ¡ahora o nunca!... ¡Ahora!... Allí estaba, aún no había muerto pero debía hacerlo, era necesario otro golpe en el mismo sitio... levantó el bastón muy despacio y...

Como una explosión sonó la voz de Philip.

—¡No!

El inspector se encogió de hombros y bajó la escalera. La voz de Philip seguía sonando.

—No posee usted ninguna evidencia, ¿cómo osa decir que asesinó a mi esposa? —la indignación vibraba en la voz de Philip—, ¿cómo se atreve?

Huxley se disculpó: él no había dicho tal cosa, se había limitado a exponer un punto de vista para él muy interesante. Declaró que únicamente le faltaba un algo, el motivo.

—¿Entiende lo que dije, señor Marshall?

—No, señor.

—¿No?... Buenas noches.

Cuando el inspector Huxley hubo partido, Philip se dirigió a su escritorio y lenta, muy lentamente, hizo pedazos la carta comenzada. Con ella rompía las ilusiones que se había formado para un futuro que él había juzgado dulce y suave y que, en la realidad, se presentaba cubierto de negras nubes.

Mary no podía soportar por más tiempo el silencio de Philip. Sabedora de la muerte de Cora, había concebido la espe-

ranza de recuperar a Philip. Sin embargo, éste no había hecho ningún paso para acercarse a ella y esto la llenaba de desazón. Al fin, un día tomó una decisión: si Philip no iba a buscarla, sería ella quien lo hiciera, y dejándose llevar por los impulsos de su alma joven y sedienta de cariño, una noche se dirigió a la tienda de Traxer y Nicholson a la hora aproximada de la salida de Philip. No hubo de esperar mucho. Acababan de dar las seis cuando comenzó a salir la dependencia de la casa y entre los últimos, como de costumbre, vió aparecer al que esperaba.

El corazón le dió un salto. Hubó de contener las lágrimas al ver el aspecto de su amado; con la cabeza inclinada, como si su vista no pudiera elevarse a algo superior, parecía ir contando las piedras del adoquinado. Mary se le acercó, sin darse cuenta que una sombra masculina marchaba tras ella sin perderla de vista, y rozó levemente con su mano enguantada las inclinadas espaldas de Philip. Este se volvió y ahogó una exclamación al verla; iba a hablar, pero ella se le anticipó.

—Philip... no te veo hace ya tiempo.

Hablan. El no quisiera hacerlo, pero es una tentación superior a sus fuerzas. Al cabo, se dirigen al pequeño restaurante italiano que fué testigo de su última entrevista. Allí él le cuenta lo ocurrido: la visita del inspector, las sospechas de éste, todo cuanto hace imposible la continuación de su idilio...

Mary insiste:

—¿Qué vale mi amor si no me permite ayudarte?... ¿no crees que si te amenazara un peligro debo estar a tu lado?

—Sí, pero en un caso así, jamás, Mary —defiende él—. Quien se me a un sospechoso, queda marcado.

Ella sigue riéndose de sus temores. Que sospechen también de ella, no le importa, ella no quiere dejarlo de nuevo. Dentro de unos años comentarán lo ocurrido y se reirán de las preocupaciones que ahora les asaltan.

Philip comienza a rendirse. ¿Cómo no, si lo que le pide Mary es también lo que le dicta su propio corazón? Ante él desfilan una serie de escenas; él y ella solca, viviendo una vida llena de cariño y de mutua comprensión, aquello que tanto había él soñado y que Corn hizo imposible

desde el primer día de su matrimonio con sus odios, sus mentiras y todas las artimañas que empleaba para exasperarle... era tan hermoso...

Un camarero, el mismo que les sirviera la noche de su último encuentro, se acercó a ellos llevando vasos y una botella. Habló con ellos; hacía mucho tiempo que no les veía y los echaba mucho de menos, estaba muy satisfecho de poder volver a servirles. Luego preguntó:

—¿Puedo servir ya, señor?

Y como en la otra ocasión, fué ella quien habló.

—Puede servirlo... ahora es la ocasión... —la voz le temblaba—, ¿has visto, Philip?... nos echan de menos.

—¡Mary!

—Por ti... por mi cariño...

Y al mirarse a través del dotado vino, les pareció que la senda que iban a recorrer juntos, participaba también de aquella dorada coloración.

En tanto, tras las vidrieras del restaurante, aquella sombra que les siguiera desde la tabaquería, no había perdido detalle de la entrevista. En su rostro se dibujaba una sonrisa de satisfacción cuando echó tras la pareja que salía

viendo de las palabras de despedida del dueño del restaurante.

La niebla londinense los acogió en su seno. La vieja ciudad tenía a sus ojos un nuevo encanto, una suave intimidad de cosas conocidas, familiares de puro vistas, amadas como porciones de un inmenso y completo hogar. El sonido del Big Ben era como una música que expresara el contenido sentimental de una época llena de romanticismo. El rodar de los carruajes sobre la calzada ponía un fondo rítmico, monótono y persistente, a la vida, al pensamiento y al cariño.

El paso del interior del restaurante a la humedad de la calle, lo efectuaron sin brusca transición, como si todo fuera un mismo ambiente, propicio al desarrollo de cualquier manifestación amorosa. El tiempo había perdido para ambos toda significación. Los años que los separaban eran una imperceptible e intrascendente anécdota en la recia historia de su pasión. Las canas de Philip no significaban para Mary la vejez, sino que aparecían ante sus ojos como símbolo de toda una vida llena de sacrificios y renunciamientos en aras de un vano esfuerzo para conseguir una efímera felicidad conyugal.

Para Philip, Mary significaba un retorno a su juventud rota. Su corazón latía de nuevo con las mismas ansias amorosas de sus años juveniles. Un nuevo camino, brillante como una mañana de primavera, aparecía ante los ojos de su imaginación; un camino venturoso, bordeado de rosales, en el cual los años vividos con Cora no serían más que un pequeño lastre de amargos recuerdos.

Así se emborrachaban de felicidad, sin percibir que tras ellos se cernía la sombra ominosa de una incógnita.

* * *

El inspector Huxley seguía trabajando en la sombra, cada vez más convencido de que la muerte de Cora no había sido un accidente. Al conocer la existencia de Mary, creyó haber dado con el motivo que impulsara a Philip a asesinar a su esposa. No podía estar más claro: el obstáculo que representaba Cora en sus amores había sido suprimido limpiamente. No se podía negar que el crimen, caso de haber existido, había sido cometido de un modo magistral, tan magistral que Huxley, a pesar de tener el

convencimiento moral de ello, no pudo conseguir la menor prueba.

En su desesperada búsqueda de indicios, se le ocurrió la idea de interrogar a la joven, procurando cogerla desprevenida, para enterarse lo más posible de sus relaciones con el presunto asesino.

La halló en la planta baja de su casa, al parecer dispuesta a salir. Sus bellos ojos expresaban la sorpresa que tal visita le causaba.

Suave y cortesmente, el inspector se presentó, asegurando, cuando ella manifestó que tenía mucha prisa, que solamente la molestaría brevísimos instantes.

—Querría que me dijera todo lo que sabe acerca del señor Marshall.

—¿Qué ocurre con él?

—Si le es igual, señorita, soy yo quien debe preguntar... ¿Desde cuando le conoce?

—Le conocí en mayo —respondió ella con sinceridad.

—¿Conoció usted a su esposa, antes o después que a él?

—Jamás vi a su esposa.

—¿Pero, sabía que era casado?

El recelo surgió en la mente de Mary. ¿Y si sin querer, revelaba algo que pudiera comprometer a Philip?

—Claro que sí —dijo, manifestando en la voz sus reticencias.

—¿Y sabiendo que estaba casado, seguía usted viéndolo con frecuencia?

Esta vez sus dudas fueron mayores.

—No... sí —respondió vacilando, temerosa—. Oiga usted... ¿qué quiere insinuar? ¿Por qué estas estúpidas preguntas?

—Porque entra en lo posible —dijo Huxley lentamente—, que la señora Marshall fuese asesinada.

Ella rió nerviosamente.

—¡Philp Marshall, un criminal! ¡Qué tontería! Creo que está completamente equivocado, inspector.

—Lo que usted crea no importa mucho... Puede, en cambio, servirme de prueba de cargo lo que sobre él me ha contado.

Mary se revolvió, asustada.

—¡Pero si yo no le he contado nada!

—Para mí es suficiente: me ha indicado el motivo que estaba buscando. Será usted citada como testigo, señorita Gray.

Una voz suave sonó tras ellos.

—Con ese nombre, no... como señora Marshall, inspector. Nos casamos esta mañana.

Huxley se volvió. Era Philip, que acababa de entrar en el cuarto. El fruncimiento de su entrecejo denotaba el escaso placer que le proporcionaba encontrar allí al policía.

—¡Ah, ya entiendo! —dijo éste sonriendo fríamente—. Una jugada de maestro, ¿verdad?

El otro enarcó las cejas.

—¿Jugada?

—La llamo así puesto que la ley no puede obligar a una mujer a servir de testigo contra su esposo.

Philip se sintió ofendido, o al menos así lo demostró en el tono de su voz.

—¿Sabe usted que es muy gracioso que no pensase yo en ello?

—¿De veras que no? —dijo Huxley mordazmente—. Qué casualidad que haya hecho callar al único testigo cuya declaración podía enviarle a la horca.

Mary se irguió. Sus ojos despedían destellos.

—Philip, ¿vamos a escuchar esto?

—No, hemos oído suficiente. Vámonos —la acompañó hasta la puerta y añadió—. ¿Quieres esperarme en el coche? No tardó ni un minuto.

Volvió junto a Huxley que ha-

bía quedado muy pensativo.

—Se está usted haciendo algo pesado, inspector, con sus descabelladas hipótesis —dijo—, y no estoy dispuesto a seguir escuchándole... ¿está claro?

El policía se excusó, rogándole que no tomase las acusaciones como cosa personal porque su tra-

bajo se las imponía. Viendo que de nuevo había fracasado, procuró retirarse lo más dignamente posible, suplicando perdón y deseando a la nueva pareja un matrimonio dichoso... y duradero.

Philip tuvo una imperceptible vacilación antes de estrechar su mano.

WHISKY PARA SIMMONS

SÁRADO por la mañana. En casa de los Marshall, un alegre grupo de gente se ha reunido. Están allí, además de Philip y su hijo, el matrimonio Packer y Sybil Bane. La señora Packer, compañera de trabajo de Mary en casa de Exton y Winwood, había ligado con ella una firme amistad. Sybil era una jovencita muy simpática de la oficina de John, con el cual comenzaba a relacionarse por un asunto que atañía a sus enamorados corazones. Todos se disponían a partir para Brighton donde iban a tomar baños de mar, excepto Philip, que, por no estar exento de trabajo los sábados, debía hacerlo a la mañana siguiente.

Mientras Sybil y Pohn preparaban los bocadillos, interrumpiendo de vez en cuando su tarea para convencerse de que en realidad se amaban, Philip subió al dormitorio de Mary a darle prisa y despedirse, pues debía marcharse a la oficina.

Ella le recibió alegre y cariñosa, mostrándole un modelo de traje de baño que era el último grito de la moda de aquel tiempo.

—¿Lo crees demasiado atrevido? —inquirió.

—Pues... ¿qué se yo?

—Si no es digno de una señora, no me lo pondré.

—Mira, cariño —dijo él abrazándola tiernamente— cualquier cosa que tú te pongas se convier-

te al momento en una maravilla.

Sonriente y optimista salió de su casa. El día era radiante, como radiante era su felicidad, una felicidad que ni tan siquiera hubiera podido soñar un tiempo antes.

La señora Simmons cuidaba ya de su jardín. Al detenerse a saludarla, vió en su rostro, aunque intentaba disimularla, la huella reciente de un oscuro cardenal. Ella, confusa, lo atribuyó a un golpe que se diera contra la puerta, pero Philip adivinó que su marido le había pegado bestialmente, como ya otras veces había sucedido.

* * *

—¡Margaret! —llamó Philip. Estaba acabando de almorzar en el restaurante donde acostumbraba a hacerlo. La camarera acudió.

—Deme usted, por favor, más tarta de cerezas.

—¿Otra ración de tarta? —bromeó ella con la confianza que le daba el conocerle de mucho tiempo—. ¡Ni pensar en eso! ¿No quedamos en que estaba usted a régimen?

—¡Hola, Marshall! —dijo alguien a su lado. Era Simmons,

siempre elegantemente vestido, con cara cínica y aire displicente—. ¿Puedo sentarme?

—Supongo que sí —respondió Philip friamente, sin disimular el disgusto que su presencia le causaba.

—Gracias. Ya qué me porfia, tomaré un poco de whisky... —se volvió a la camarera—. Deme un doble whisky con soda, por favor.

—Margaret —dijo Philip en el mismo tono helado de antes—, no me traigas ya la tarta.

—¿No le habré yo quitado el apetito?

—Ya que me porfia, le diré que sí.

Simmons estaba tan falto de dignidad que aguantaba indiferente toda clase de insultos más o menos velados.

—¡Oh, es una lástima! —dijo— Usted no siente simpatía por mí, ¿verdad?

—No, amigo.

—Bueno, siempre me agrada-ron las personas francas... —se encogió de hombros y levantó el vaso que le acababan de servir—. A su salud, hombre sincero.

Adivinando que la charla de su vecino terminaría, como siempre, en una petición de dinero, Philip le advirtió que mientras

continuase observando tan brutal conducta para con su mujer, no obtendría de él ni un penique.

—¿Por qué no intenta usted regenerarse y buscar un empleo?

—¿Empleo? Mi querido Marshall, empleado es sinónimo de burro.

Philip se levantó ceñudo y echó sobre la mesa una moneda.

—Tenga... para que pague lo que ha tomado.

—Gracias... Tendero. —La palabra sonó como un insulto en labios de Simmons.

Apenas Philip hubo abandonado el establecimiento, otra persona se acercó a la mesa donde Simmons permanecía saboreando su bebida. Era el inspector Huxley.

—Hola, señor Simmons —saludó—. Hermoso día, ¿verdad?

—Horrible —respondió el aludido con una mueca—. ¿Quién es usted?

—Me llamo Huxley.

—Ah, sí! Usted es el policía que me hizo preguntas cuando murió la señora Marshall, ¿no?

—Eso es. ¿Puedo invitarle a un trago?

Simmons aceptó encantado, y luego preguntó:

—¿A quién persigue ahora?

—Al mismo de siempre; su amigo y vecino Philip Marshall.

—No comprendo... ¿qué ha hecho?

—¿Nunca se le ocurrió que la muerte de su mujer pudo no ser totalmente accidental?

—Repita lo que ha dicho, me interesa mucho... —se inclinó hacia su interlocutor—. No sabe usted como me interesa, amigo.

* * *

Sábado por la tarde, Philip en su casa, preparaba el equipaje para marchar a reunirse con Mary en Brighton. Silbaba alegremente ante la perspectiva de las horas felices que le aguardaban, cuando le interrumpió la llegada de su vecino Simmons.

—Hola, Marshall. Encontré la puerta abierta y he pasado a continuar nuestra charla.

—No estoy de humor para conversar con usted... Estoy ocupado, ya lo vé, con que si quiere dispensarme...

—¡Oh, vamos! —dijo Simmons tranquilamente, sentándose. Seguramente tendrá unos momentos libres para intentar reformar mi carácter.

Como Philip no respondiera, continuó explicando que, habien-

do tomado en serio sus consejos, se disponía a trabajar y acudir a él para oír su opinión sobre una idea que había tenido. Con un poco de suerte, factor imprescindible, según él, en toda clase de asuntos, podía dar gran resultado.

—¿Suerte? —repuso Marshall saliendo de su mutismo—. No creo en ella; cada hombre crea sus propias actividades.

—Usted debe saberlo...

—¿Qué quiere decir?

—¡Oh, nada!... que su esposa murió convenientemente, en el momento más ventajoso para usted. ¿No fué suerte?

—¿Dónde quiere ir a parar?

Simmons divagó un poco sobre la muerte de Cora y el veredicto del «coroner», que tan afortunado fuera para Philip, hasta que éste, no pudiendo ya contenerse, dijo:

—Es usted un entrometido.

—¿De veras? El inspector Huxley no opina así.

—¿Huxley? —Marshall sintió el temor apoderarse de su alma—. ¿Qué le pasa a Huxley?

Según Simmons, a Huxley no parecía satisfacerle mucho la teoría de que Cora hubiese muerto de un modo accidental. Más bien creía que el mismo Marshall la

había ayudado a dejarle viudo... pero no tenía pruebas.

—Sí —terminó—, necesita un testigo.

—De veras.

—Y yo necesito diez libras.

Philip se puso en pie furioso.

—¡Usted es un perfecto canalla, un redomado estafador y un granuja!

Simmons se encogió de hombros. Los insultos seguían no produciendo mella en él.

—Estas paredes son muy delgadas —dijo lentamente—. A causa de ello pude oír...

—¡Usted no oyó nada! —le interrumpió Philip escalorándose.

—Claro... Pero suponga usted que dijese que la víspera de Navidad le oí discutir con su mujer y que después la oí a ella gritando con angustia...

—¡No es cierto!

—Que oí sonar un golpe...

—¡Miente usted!

—Y que la oí que decía «¡Philip, no!»

—Nadie creará una palabra.

Gruesas gotas de sudor perlaban la frente de Philip. Desesperado, reconoció que estaba por completo a merced de aquel bandido, que no tenía más remedio que ceder a sus exigencias. Sacando la cartera con un suspiro,

arrojó sobre la mesa un billete de cinco libras, asegurando que no tenía más en casa.

—No tiene importancia —dijo Simmons con un cínico gesto de magnanimidad—. Como los bancos abren los lunes, podrá usted sacar otras veinticinco.

—¿Y veinticinco la semana que viene?

—O cincuenta, tal vez...

—Y cada vez irá aumentando, ¿verdad?

—Le trataré con consideración... Además, tiene usted dinero.

Se hizo el silencio, un silencio cargado de amenazas y de tensión nerviosa.

—Oiga —dijo de pronto Simmons—. ¿No le queda ni una gota de whisky en la casa?

Marshall vaciló. Creía recordar que en la cocina había una botella que guardaba para las amistades... Se levantó y fué a buscarla.

Al abrir el armario, tuvo un sobresalto. Junto al whisky estaba la botellita del narcótico que la señora Simmons le había recomendado. ¡Una dosis excesiva podía ser perjudicial!

Sus labios se curvaron en una mueca cruel, mientras los ojos le echaban chispas. Con mano tem-

blorosa tomó el frasquito y lo observó pensativo. Quizá tenía allí el medio de recuperar la felicidad que el hombre que se encontraba en la habitación contigua había evaporado con su chantaje!

—Es usted muy divertido, Simmons —dijo hablando roncamente, para apagar el nerviosismo que le asaltaba—. Ni usted mismo se da cuenta de lo gracioso que es...

Su mente era un confuso barullo de pensamientos. Finalmente, con súbita decisión, vació el narcótico en la botella de licor y regresó con ella y un vaso junto a Simmons. Este acariciaba distraídamente al gatito de la casa que se le había acercado.

—Aquí lo tiene... Sírvase usted.

—¿Y su copa? ¿No va a echar un trago?

Philip negó con la cabeza. Aparentaba una enorme tranquilidad, que no sentía en absoluto.

—¿No se le ha ocurrido —dijo lentamente— que el chantaje puede ser peligroso?

—Si se conoce a la víctima no... y usted es para mí como un libro abierto. Todo fué más fácil de lo que pensaba... ¿Es que usted no lucha nunca, Marshall?

—No... —respondió desviando la mirada para que el otro no pudiera leer en ella la violencia de sus pasiones—. Yo no he peleado jamás.

Simmons bebía continuamente.

—Eso es una grave equivocación —dijo entre dos sorbos—. Hay que atacar o ser atacado. ¿Supone que me preocupa algo el que mi actuación le haya causado perjuicios?

Philip aguardaba ansiosamente a que la droga iniciara sus efectos. Simmons seguía bebiendo.

—Estoy contento... —prosiguió. Su voz comenzaba a hacerse pastosa, sus ojos se vidriaban lentamente. El corazón de Philip golpeaba furiosamente su pecho, alterado por una mezcla de extrañas emociones que hubiera sido incapaz de definir—. Disfrutaré de la vida, al menos en tanto dure la suya... —tuvo un suspiro semejante a un estertor—. No está mal del todo... ya lo ve... Los de su clase... hacen la existencia más fácil a gentes como yo... Mientras otros cosechan el fruto... us... ustedes lo siembran... Hum... Que bien...

Sus palabras eran por momentos más ininteligibles, pero no

parecía darse cuenta de que se estaba muriendo. Volvió a beber un largo trago, aunque sus manos apenas podían sostener el vaso.

El rostro de Philip continuaba impasible; sólo sus ojos eran como dos ascuas.

—Es usted un cobarde... —prosiguió Simmons respirando con enorme dificultad—. No se defiende... no lucha, como las ovejas... no mataría ni... una mosca... —su cara tenía una horrible expresión, que era como el sello de la muerte. De pronto pareció darse cuenta de lo que le ocurría y añadió horrorizado—. El whisky... us... usted... no... no pue...

Era demasiado tarde. Su cabeza cayó sobre su pecho y dió en la mesa con un golpe seco. Estaba muerto...

¡Otro asesinato! Otra vez la mano del destino había intentado poner ante Philip una barrera que lo separase de la felicidad y otra vez Philip la derribó superponiendo a su naturaleza de hombre bondadoso y apacible los oscuros instintos de criminal que reposaban en lo más recóndito de su alma. ¡Otro asesinato! Una

vez más, con sádico egoísmo, Philip había dispuesto a su arbitrio de una vida humana. Sus ansias de felicidad, violentas, irreprimibles, le habían llevado a aquel extremo. Mary, tan bella, tan pura y tan adorable, había sido la estrella fatal que presidiera el tortuoso camino de su maldad. Era imposible construir sobre unos cimientos sangrientos el rosado castillo de una dicha imperecedera, pero esto él lo ignoraba en su ofuscación. Creía que, refugiados en ellos mismos, olvidando y haciendo olvidar, una vida serena y tranquila florecería, para ellos. Pero no consideraba que existe una justicia que hay una ley divina que impide a un miserable mortal hacer uso de los medios que ha recibido para cortar la vida de sus semejantes...

Confaba en que sus crímenes pasarían inadvertidos, pero comprendía que era necesario huir, alejarse de todo aquello que pudiera ponerle en evidencia, aunque solamente fuera ante su adormecida y egolátrica conciencia. Londres, su hogar, su trabajo, se le hacían odiosos, insoportables. Sabía que después de la muerte de Simmons no podría ya resistirlos un momento más. Entre-

tanto, urgía hacer desaparecer el cuerpo y borrar los rastros de lo ocurrido.

* * *

Sonaban voces en el exterior. Philip se asomó a la ventana y el corazón se le heló de pánico. ¡Mary y sus compañeros regresaban inopinadamente de la playa! El cadáver de Simmons yacía en medio de la sala... ¿Qué hacer? ¿Dónde esconderlo?

Un gran sofá, adosado contra la pared del fondo, le dió la solución. Arrastrando penosamente el cuerpo de la víctima, lo escondió debajo de él. Era ya tiempo, porque estaban llamando a la puerta.

Al ir a abrir se dió cuenta de que se le había olvidado un detalle: el vaso y la botella de whisky. Los tomó y, en la cocina vació el resto de la botella en el fregadero, enjugándolo junto con el vaso.

Al abrir, todos daban muestras de impaciencia.

—Estaba arriba —se excusó Philip.

Besando a su esposa, la ayudó a desprenderse del abrigo.

Regresaban de Brighton porque la lluvia les había estropeado

el fin de semana, y venían calados y muertos de frío. Mary fué a la cocina en busca de algo que les entonasase y mostró su extrañeza al encontrar vacía la botella de whisky.

—¿Te bebes el whisky mientras no estoy en casa? —le dijo bromeando, a su marido.

El desvió la conversación.

—Les puedes dar Jerez... ¿No quitará esto el frío?

Un frío sudor de angustia comenzaba a perlar su frente. Por su aspecto exterior, nadie hubiera podido colegir la mortal ansiedad que atenazaba su corazón.

—No habrá otro remedio—respondió Mary, encogiéndose de hombros.

El quedó momentáneamente en silencio, dudando, exprimiendo su cerebro para encontrar algo que decir sin hallarlo, porque estaba obsesionado por la idea fija del cadáver que yacía bajo el sofá.

—Siento mucho que os haya hecho tan mal tiempo.

Mary arreglaba las cosas inconsciente de toda tragedia. Era la juventud, la alegría y la radiante lozanía de la naturaleza en primavera.

—Tan sólo un momentito dejó de llover—comentó sonriendo.

—Y claro, así no has tenido ocasión de estrenar tu traje de baño.

Ella le miró a los ojos, mimosamente, sin alcanzar a ver la sangrienta tormenta que revolvía su espíritu.

—Lo guardaré para cuando tú vengas con nosotros.

Cuando entró en la sala con la bebida, Philip pudo observar que la mojadura no había hecho mella en el buen humor del grupo, buen humor que Sybil y John cuidaban de mantener con sus continuas bromas y chanzas.

—¿Llueve siempre tanto en Margate? —preguntaba ella candidamente.

—Ocho días cada semana sin contar los domingos —respondía él.

Aquella juvenil despreocupación, aquel radiante optimismo hirieron rudamente a Philip por contraste con su sombrío estado anímico.

* * *

Las horas que siguieron pusieron a prueba el temple de Philip. ¡Era tan fácil que en su precipitación hubiera descuidado cualquier detalle que descubrieran lo ocurrido! A cada momen-

to imaginaba ver aparecer, surgiendo de tras el sofá en que se habían sentado John y Sybil, la acusadora silueta de Simmons. Al servir el Jerez, oyó a su lado la voz del señor Packer.

—Mire... ¿quién habrá perdido estas llaves?

—Son las mías —Philip consiguió adoptar un tono indiferente—, métalas en mi bolsillo, ¿quiere usted?

No oía nada de cuanto hablaban. Solamente percibía un vago murmullo en el que destacaba la risa de Sybil en respuesta a las bromas y avances de John. De pronto, tuvo que apoyarse en la mesa para no caer: la voz de Sybil había aumentado de tono.

—¡Ay!... algo me ha rozado la pierna.

—Ridiculetes —rió John.

—No, no —insistió la muchacha—, me han tocado el tobillo... ahí debajo el sofá hay alguien.

—Al ver a su hijo arrodillarse en el suelo e introducir la mano bajo el mueble, Philip cerró los ojos. Imaginaba ya toda la escena: el descubrimiento del cadáver, Huxley, Mary complicada...

—¡Ja, ja, ja! —lo despertó la risa de John. Al abrir los ojos vió a éste que alzaba triunfalmen-

te un gatito—. Aquí está la fiera.

Al cabo se despidieron los visitantes y el matrimonio quedó solo en la casa. Philip ayudó a Mary a recoger los platos, en tanto ella iba explicando las incidencias de la excursión frustrada. De pronto ella preguntó:

—Philip, ¿te ocurre algo?, tienes muy mala cara hoy.

—No, nada en absoluto —negó él.

—No intentes engañarme... te veo muy preocupado.

Philip intentó convencerla sin lograrlo. Al cabo preguntó de pronto:

—¿Te parecería bien que nos fuéramos a América con John?

—¿Irnos al Canadá? —extrañó ella—. Pero si tú has dicho que nunca saldrías de aquí.

—Ya lo sé, pero he pensado de nuevo en ello y me gustaría ir allí.

Ella creyó comprender el motivo de su cambio. Philip quería variar de ambiente; alejarse de aquella casa, de aquella ciudad, de todo cuanto pudiera recordarle la época en que estuvo ligado con Cora. Sí, irían con John.

—Iremos con John, es una manifiesta idea, me pondría a bailar de contento.

—En lugar de bailar —reco-

mendó Philip— debes irte a la cama, has llevado un día agitado.

Mary se negó. Tenía que limpiar los platos de la merienda... Philip insistió. Ya los limpiaría él. La empujó suavemente y ella se dejó conducir.

—Tú ganas.

—Que duermas bien.

—Soñaré con el Canadá —declaró ella, y entró en su habitación.

Una vez solo, Philip se sintió acometido de un profundo abatimiento, resultado de la tensión por que últimamente había pasado. Sin embargo, una leve sensación de descanso se fué posesionando lentamente de su espíritu, haciéndole olvidar tales angustias.

Mientras lavaba los platos y copas usados aquella tarde, fué trazándose lentamente un plan de conducta a seguir. Reconocía cómo genial la idea que había tenido de marchar al Canadá, donde un nuevo ambiente, un

escenario distinto y una vida más limpia le harían olvidar lo ocurrido durante los últimos años, el modo como había roto su vida persiguiendo la sombra quimérica de la felicidad.

Finalmente, seca ya la vajilla, abandonó la cocina, y con suaves y lentos pasos se dirigió a la sala. Apagó las luces. La habitación quedó tan sólo iluminada por la luz de los faroles de la calle, que ponía un reflejo espectral en todos los rincones. Se acercó al sofá y comenzó a desplazarlo lentamente, sin ruido. De pronto se estremeció, sacado de su abstracción por la voz de Mary, que, desde su habitación, llamaba:

—¡Philip! ¡Philip!

—¿Qué quieres?

—No te olvides de dejar dentro al gato.

—No me olvidaré.

¡El gato! Él había sido el único testigo de su asesinato, pero era un testigo que no podía hablar, que no revelaría a nadie lo que había sido de Simmons.

LA TRAMPA

PHILIP hablaba con el propietario del colmado que les había abastecido hasta entonces.

—Pagué su factura, señor Barker.

—Lo echaré mucho de menos, señor Marshall.

—Gracias.

—El Canadá es un gran país. ¡Ojalá pudiera irme yo también con ustedes..., en fin, lo que hace falta es que le vaya bien.

En aquel momento entró en el colmado una vecina, la señora Pomfret y se unió a ellos.

—¿Así que es verdad que se nos marcha usted mañana? —interrogó, dirigiéndose a Philip.

—Sí, ese es el plan.

La señora Pomfret se lo alabó.

—Hace usted bien; con esa caterva de policías oliendo y revolviendo todo, creo que tiene usted suerte. Este barrio ya no es el mismo —continuó—. El señor Simmons desaparece... la policía molesta a la gente con sus interrogatorios... le aseguro a usted que es una verdadera desdicha: en fin, buen viaje, señor Marshall.

—Muchas gracias. Buenos días, señora Pomfret.

A continuación Philip fué a visitar a la señora Simmons.

—Vengo a despedirme de usted y darle las gracias por quedarse con nuestro gato.

—¡Oh, yo debiera agradecersele!... siempre me gustaron los

animales, pero Gilbert nunca me dejaba tener uno.

—Tiene usted... ¿tiene usted noticias suyas? —preguntó Philip.

—No; ni una palabra.

—Haría lo que fuese para ayudarla.

—Es usted muy amable —agradeció ella—, pero me temo que nadie pueda hacer nada... sabe usted... algunas veces cuando Gilbert se marcha así, casi me gustaría que no volviese... iría a vivir con mi tía y sus hijos que residen en Devon. Todo esto es un sueño, él siempre vuelve.

Philip se levantó para marcharse.

—No sabe usted, señora, cuán sinceramente lamento su desgracia... Creo que nos conocemos lo suficiente para que me permita decirle que espero que muy pronto y tal como desca, pueda marcharse a Devon.

En el muelle se apelotonaba una inmensa muchedumbre. Estaba formada por los parientes y amigos de aquellos que dentro de pocos minutos iban a partir con rumbo a unas tierras muy lejanas y desconocidas para la ma-

yoría de ellos. Toda clase de lenguas, de tipos y caracteres étnicos y raciales, se agolpaban a lo largo del muelle carabiando frases de despedida con aquellos que se hallaban sobre cubierta. Entre éstos se encontraban Philip y Mary. Una amplia satisfacción se reflejaba en la faz de aquél; faltaban tan sólo unos minutos para alzar la pasarela y alejarse de Inglaterra, de Londres, de aquella casa entre cuyas paredes tanto había sufrido. Al solo recuerdo de lo ocurrido durante los últimos tiempos pasó por su rostro una sombra. Fue sólo un instante. Sacudió la cabeza como queriendo arrojar de sí las ideas que a ella acudían y se dirigió sonriente a Mary.

—Bueno... dentro de unos minutos saldremos.

—No sabes qué nerviosa estoy... casi no puedo creerlo.

—No te irás a arrepentir luego, ¿verdad? —Philip bromeó.

Por la cubierta se acercaba un mozo voceando su nombre; le hizo una señal.

—Humm... soy yo Philip Marshall.

—Este caballero desea verle, señor —declaró el mozo señalando a un muchacho que tras él estaba.

—¡ Ah ! Merridew —Philip lo había reconocido—, muchas gracias, camarero.

El muchacho se le acercó tímidamente.

—Señor Marshall, no quería que se marchase usted sin venir a despedirle...

Philip le estrechó la mano.

—Ya te eché de menos en la oficina. ¿Cómo va la garganta?

—Ya sólo queda un poco de carraspera.

Philip se volvió a su esposa y le presentó a Merridew.

Este, vacilando, declaró al fin:

—Le traje un obsequio, señor Marshall —le alargó un paquete de pequeño tamaño.

—¡ Oh !... qué buen chico eres. ¿Puedo abrirlo?

—Sí, señor.

Philip desenvolvió cuidadosamente el paquete y apareció un frasquito en cuya etiqueta se leía «Píldoras para el mareo». Merridew se apresuró a declarar que aquel, según le había asegurado el boticario, era el mejor remedio para combatir el mareo en el mar.

—Tuviste una excelente idea, Merridew —Philip aunque quisiera ocultarlo estaba emocionado—, ¿verdad, Mary?

—Le deseo a usted mucha

suerte y... salud, señor Marshall —el muchacho no encontraba las palabras—, y que si vuelve... sea rico... y recuerde que le aprecio mucho... y... mi madre dice que ella espera... que yo sea un hombre de bien igual que usted.

Philip apoyó su mano en la cabeza del muchacho.

—No sé si soy hombre de bien, Merridew, pero ¡ojalá seas tan feliz como yo!

La sirena del barco sonó y Merridew tuvo un sobresalto.

—¡ Oh ! debo marchar, señor, y de prisa... no sea que me lleven con ustedes al Canadá.

—Espera un poco —Philip le detuvo—, hay que abrigar esa garganta.

Cogió la bufanda que llevaba puesta y la colocó cariñosamente en el cuello del pequeño botones. Este intentó rechazarlo.

—¿Pero, cómo se la voy a devolver, señor?

—Quédate con ella. ¡ Ah ! y le dices a tu madre que yo te dije que esta semana te quedas en casa.

—Sí, señor.

—¿Dime, Merridew, serás un buen chico siempre?

—Sí, señor... adiós.

—Adiós, muchacho.

El muchacho se alejó y Phi-

lip se separó de su mujer que ultimaba con John el arreglo de las maletas en los camarotes. Paseó un poco por cubierta contemplando las despedidas y cansado de ver caras desconocidas en derredor suyo, se dirigió al bar. Se disponía a saborear lo que le habían servido, cuando una mano se apoyó en su hombro.

—¡Hola, amigo Marshall!

Al volverse reconoció al inspector Huxley. Ni un músculo de su rostro denotó el efecto que el encuentro le producía. Su voz sonó normal al corresponder al saludo.

—¿Qué tal, inspector? Está usted en todas partes.

¿Sería posible que el inspector sospechase algo? ¿Tendría la desgracia de perder la felicidad cuando de ella le separaba tan sólo los segundos? Huxley le sacó de sus pensamientos.

—¿Se va usted o viene a despedir a alguna persona?

Huxley imprimió un giro intrascendente al diálogo. Buena tierra el Canadá. Precisamente él había ido a despedir a un amigo suyo que también se dirigía allí. Le recomendó no dejara de trabar amistad con él, le dió el nombre. Si lo veía durante el viaje...

Philip le interrumpió:

—No le comprendo... —extrañó el inspector—. ¿Cree usted que?...

—Ya se encargará él de verme a mí...

—Claro que sí.

—¡Qué tontería! —Huxley reía de las sospechas de Philip—. Olvídelo... aquel asunto se acabó... Bien; buen viaje, Marshall, y mucha suerte.

—Gracias, inspector.

Se disponía éste a alejarse, cuando de pronto pareció recordar algo y volvióse de nuevo a Philip tendiéndole un diario que sacó del bolsillo.

—A propósito, ¿ha leído los periódicos?

Marshall negó con la cabeza y Huxley siguió hablando.

—El vecino suyo, Simmons, ha aparecido.

—¿Es cierto lo que dice? —La voz de Philip denotaba tan sólo un leve interés.

—Sí, pensé que le gustaría saberlo.

Philip leyó el periódico en el lugar que Huxley le indicaba.

—¡Oh, caramba! ¿de seguro es Simmons?

—Ya lo creo; le pescamos en el canal cerca del río. Está un

poco estropeado, pero sin duda es él.

—Es espantoso —declaró Philip—, sin duda debió caer allí estando borracho.

El inspector negó.

—No, le arrojaron cuando ya había muerto.

El inspector siguió explicando lo ocurrido. Lo mataron a sangre fría envenenando el whisky que bebía y luego lo arrojaron al río.

Philip movió la cabeza con aire de reprobación, luego preguntó:

—¿Cogieron al autor?

—¿Cómo? —el inspector no había entendido la pregunta.

—Que si saben quién fué...

—¡Ah!... sí, sí.

Algo pasó por la mente de Philip nublandole la vista.

El inspector continuó:

—Ha sido su mujer.

—¡No!

(La dulce, la bondadosa señora Simmons acusada de haber dado muerte a su marido? Era risible, era un cruel sarcasmo. Philip comprendió que aquella circunstancia imprevista iba a dar al traste con todos sus proyectos. La doble personalidad que se albergaba en su interior inició una lucha cruenta.

¡Mary, el Canadá, la nueva

vida, qué cerca parecían y, sin embargo, cuán lejos estaban! Le había sido difícil eliminar a Cora y a Simmons. Le fué preciso dejarse dominar por sus peores instintos sin atender a las llamadas de su bondadosa naturaleza. Le había sido difícil, pero hizo un esfuerzo por egoísmo y ambición. Ahora, el nuevo obstáculo de índole moral que surgía interponiéndose entre él y la felicidad que ya entreveía, era imposible de superar.

La desaparición de su esposa y de Simmons no fué perjudicial para nadie más que ellos mismos. Eran seres perversos, repulsivos, incapaces de inspirar sentimientos elevados. En cambio, la persona sobre quien recaían ahora sus culpas le era especialmente querido y no podía tolerar que sufriera por su causa.

La sola idea, que nunca hasta entonces se le había ocurrido, de que la señora Simmons fuera procesada y condenada, le helaba la sangre en las venas. No podía consentirlo, debía hacer algo, no sabía qué, aunque para ello fuera preciso cualquier sacrificio.

Mientras sostenía esta lucha interior, guardaba silencio, contraído el rostro por una extraña

mueca. Como surgiendo de una bruma densa, oía las palabras del inspector, que proseguía su explicación:

—Sí, sí, el caso está muy claro... tenía motivos de sobra... él era un verdadero canalla, ya sabe usted, incluso la pegaba, ella lo admite... Además, él tenía una póliza de seguros... pensó cobrarla.

Philip recuperó la palabra.

—No; no es posible.

—Sí, que lo es. El veneno que había en su estómago era idéntico a un soporífero que tomaba ella... se encontró el frasco.

—No; yo no puedo creerlo — las palabras salían atropellándose de la boca de Philip—. Ningún jurado condenará a esa mujer.

—La condenarán sin duda sin apelación. Ni siquiera tiene una coartada —de pronto se dió cuenta del efecto que sus palabras producían en su interlocutor—. Oiga, yo no me figuraba... no quería preocuparle a usted.

—No, ella es inocente.

—¿De veras? ¿tiene alguna prueba?

—No; pero uno no vive cerca de una persona durante ocho años sin saber si es buena o mala.

—¡Ay! mi querido Marshall

—Huxley se disponía a marcharse—, cualquiera sabe lo que cada hombre lleva metido dentro de sí... Bueno, amigo, adiós y... no se inquiete por estas cosas que no le afectan... Buen viaje.

Las sirenas seguían sonando y se oía la voz de un mozo del barco.

—Tres minutos para la salida... todos los visitantes a tierra, tres minutos para la salida...

* * *

Un coche de punto se hallaba parado en el muelle, cerca del lugar donde el gran trasatlántico que partía hacia el Canadá se hallaba anclado. Junto a él dos hombres se dedicaban a observar a cuantas personas descendían por la pasarela después de despedir a sus amigos y parientes. Uno de ellos era el inspector Huxley, de Scotland Yard; el otro, su ayudante, el sargento Prentiss. Este, al parecer, discutía acaloradamente con su jefe.

—Yo no lo comprendo —era Prentiss quien hablaba—. Ese individuo mata a sangre fría y le dejamos escapar... ¡Se va tan tranquilo!

—¿Qué podíamos hacer? No pudimos demostrar que fué él...

una sola cosa puede hacerle confesar: su propio sentimiento de honradez.

—¿De honradez? —la idea no le cabía en la mente al sargento—. ¿Un asesino?

—Escuche usted Prentiss... ¡Conozco a Philip Marshall!... no es un asesino... no puede serlo... es un hombre, lo mismo que usted y yo. Por esta razón inventé la horrible historia de la señora Simmons... creí que sería imposible que dejase que una mujer inocente cargase con su delito. Sin embargo, parece que me he equivocado.

El inspector seguía mirando hacia el buque. Prentiss irónicamente le dijo:

—Hubiera apostado cualquier cosa a que se equivocaba, inspector.

—¿De veras? —el tono de Huxley había cambiado —¿aún está a tiempo?

—Bueno...

—Mire —la mano del inspector señaló hacia el barco.

Philip Marshall bajaba la pasarela que se alzó tras él. Erguido, sin volver atrás la mirada, sin pensar en aquellos que estaban a punto de partir y que constituían cuanto de bello y amado existía para él en la tierra, se pa-

ró al pisar de nuevo tierra firme. Luego, haciendo girar el bastón, con paso sereno, sin una sombra de vacilación, reflejando la más perfecta calma en su bondadoso rostro, atravesó el muelle y se adentró hacia el corazón de Londres envuelto en una espesa niebla que parecía querer ocultarle de la mirada del inspector Huxley que le veía marchar pensativo. De su abstracción le sacó la voz de Prentiss.

—Mi sincera felicitación, inspector.

—Gracias, sargento.

—¿Vamos a detenerlo?

—No, no tenga cuidado... Está seguro que cumple su deber... dejémosle tranquilo... basta con que no le pierda de vista... seguramente va derecho a entregarse.

Lenta, muy lentamente, pero también muy seguro de sí mismo, Philip Marshall caminaba hacia Scotland Yard.

¡Adiós Mary, adiós John, adiós felicidad entrevista!

Su lado bueno, todo lo que en él era conciencia de hombre honrado se había rebelado contra el egoísmo que suponía abandonar la señora Simmons a su suerte. Él, nadie más que él, era quien debía cargar con el peso de lo

ocurrido. Podía y debía salvarla de aquel enorme y desgraciado error. Lo haría sin que ello supusiera un tardío arrepentimiento por lo que había hecho. No, no le pesaba.

La tenue niebla que invadía las calles era como un fresco sedante para sus nervios destrozados y, al mismo tiempo, le servía de disfraz ante los ojos de los que con él se cruzaban, ignorantes de su tragedia. Sabía lo que le aguardaba, pero afrontaba valerosamente su destino. Estaba ya cansado de luchar contra él.

Todos los proyectos que tan

dolorosamente se habían truncado no eran ya más que oscuros recuerdos. Sentía una especie de amarga complacencia en evocarlos, recreándose en todo lo que hubiera podido ser y que ya no era ni sería jamás. La imagen de Mary, que había trastornado de tal modo su existencia, era un lejano reflejo que la niebla parecía absorber. ¡Todo había terminado!

Huxley, pensativo, subió al coche de punto que le aguardaba. El auriga le interpeló:

—¿A dónde vamos, señor?

—A Scotland Yard.

Biografía

de

Charles Laughton

PARA referirnos a este actor que hoy ocupa un lugar preferente entre los muchos que desfilan por la pantalla, nos remontaremos a los días en que trabajaba en el Cloridge de Londres, con la intención de dedicarse a hotelero, siguiendo las huellas de sus padres. Suponemos a los lectores enterados de que Laughton es inglés.

Las gentes que entraban y salían del hotel eran observadas y estudiadas por nuestro artista y fué así, sin casi darse cuenta, que llegó a adquirir el don de analizar los caracteres de sus semejantes, facultad que le ha valido para su carrera de gran actor.

Abandonó el negocio, que para él no tenía otro atractivo que el de estudiar a las gentes y se lanzó al teatro con gran entusiasmo, convirtiéndose rápidamente en un auténtico valor de la escena inglesa.

Uno de sus grandes triunfos fué «Pago aplazado» (Payment deferred), triunfo que se repitió al pasarla a la pantalla en Hollywood bajo el título de «El diablo y lo profundo» (Devil and the deep), que filmó la Paramount.

El aspecto físico de Laughton le ha circunscrito a ciertos personajes y le recordamos en una magnífica creación de Nerón en la cinta «La señal de la Cruz»

donde rindió la más perfecta encarnación del célebre emperador romano. Era menester un actor de cuerpo entero para interpretar aquella escena final en que Nerón contempla Roma ardiendo y acompaña su entusiasmo ante la sádica destrucción con la música de su lira.

Estamos en el año 1933 cuando Laughton es aplaudido unánimemente por sus interpretaciones y las productoras se disputan el actor británico que sabe dar a cada personaje que encarna el verismo que requiere.

El capitán Bligh es otra de sus maravillosas caracterizaciones. Otro ejemplo de crueldad casi inconcebible. Las escenas que tienen lugar a bordo de la goleta «Bounty» entre los oficiales y marineros a las órdenes de un capitán que no quiere entender nada que no sea la ley, la disciplina y el castigo son insuperables. No es exagerado asegurar que Laughton no ha conocido rival en sus papeles de hombre cruel. Hay que recordarle también como Enrique VIII y en el padre de «Las vírgenes de Wimpole street».

Según datos que tenemos a la vista, han sido trece los retratos psicológicos que ha llevado a la

pantalla y es muy difícil decir cuál es el mejor. Todos son buenos, justos y exactos hasta el más mínimo gesto.

Como ya indicamos al principio, es el temperamento analítico de Charles Laughton lo que le facilita una actuación tan perfecta. Hay actores que «viven» sus papeles, hablando y comportándose lo más parecidamente posible al tipo que encarnan. Otros, sólo «sienten» el papel e incluso se emocionan. Laughton se limita, y no es poco, a «pensarlo». En cuanto se le entrega una obra, busca la parte que se le confía y somete el personaje a un examen psicológico hasta llegar a lo más profundo de aquel ser. Le entusiasman los papeles que representan un temperamento complicado.

Debido a esto prefiere trabajar en el cine que en el teatro. El primero es un medio más flexible que da oportunidad, a un actor de la calidad de Laughton, a imprimir más emoción en su trabajo. Un primer plano le presta ocasión de demostrar sus pensamientos e intenciones con mucha más facilidad que en la escena ya que el público de la platea no puede, ni con binóculos a veces, ver bien al actor. La pantalla re-

quiere mucha más expresión que las tablas y este esfuerzo mental que exige la cámara es uno de los «licientes» que han decidido a Laughton a convertirse casi exclusivamente en actor de cine. También le interesa extraordinariamente la parte técnica de la filmación, de la que el artista debe estar un poco al corriente y si está muy poco enterado de ella, siempre es preferible.

Charles Laughton tiene sus gustos y sus disgustos, entre estos últimos se cuenta, las hormigas, el mar, el tabaco y todo aquel actor que exagera el papel. Esto último es algo que no puede tolerar.

Sus caracterizaciones, dramáticas casi siempre, correrían el riesgo de ser exageradas si él no fuese un artista que estudia tan detenidamente el personaje. El procedimiento que emplea para no exagerar, consiste en no lanzarse a dramatismos hasta que llega el momento culminante y ésto eleva el valor de la escena por el contraste con las anteriores realizadas con toda naturalidad.

Trabajando en películas, el actor Laughton tiene la costumbre de asistir a las pruebas de lo filmado que se hacen diariamente

al final de la jornada y se preocupa mucho de que no se haya introducido ninguna exageración en sus gestos o forma de recitar.

En la película «El sospechoso» donde encarna a un hombre apacible que se convierte en un criminal a causa del temperamento gruñón de su esposa, no había peligro de caer en exageraciones porque toda la acción se desarrolla sin violencia alguna. Laughton tiene escenas en «El sospechoso» que, en apariencia, son poco importantes; pero que es preciso ser un actor de talla para que el espectador se de cuenta de lo que le ocurre a aquel hombre por un solo gesto de sus manos, un movimiento de ojos, o al andar por la calle con un aire que revela profunda preocupación.

La aversión que siente por el tabaco se debe a que el fumar le marca y sufre lo indecible cuando los personajes que encarna han de salir a escena fumando un puro o cigarrillos. En «El sospechoso» no se ve obligado a fumar, pero si tuvo que impresionar muchas escenas en la tienda de tabacos donde trabaja Philip Marshall, el asesino que inspira compasión, rodeado de

cajas de cigarros cuyo solo olor le ponía enfermo.

El mar es otro de sus enemigos porque se marea y también con ocasión del rodaje de «Rebelión a bordo» tuvo que pasar horas y horas filmando a bordo de la «Bounty» que fueron para él un verdadero suplicio.

Y por lo que se refiere a las hormigas, éstas, sencillamente, le dan asco.

Debido a su figura Charles Laughton no ha podido interpretar papeles de galán y es en «El sospechoso», donde, por primera vez, hace el amor a una joven. Laughton conquista a la dama objeto de su afecto sin hacer declaración apasionada. No toma sus manecitas entre las auyas ni sale con ella a pasear en una noche de luna, ni tiene lugar en el film ninguna de las consabidas manifestaciones románticas. Sencillamente, Laughton se adueña del corazón de la joven por su carácter. Su bondad y amabilidad son su técnica amorosa.

Entre los varios personajes que le gustaría interpretar a Laughton figura Hamlet, el desventurado príncipe de Dinamarca, ya fuese en el teatro o en la pantalla. En cuanto a dicción y gesto,

no cabe duda de que daría una representación magnífica y hay quien asegura que Shakespeare dió a entender que el héroe de su gran tragedia era un hombre grueso.

La crítica americana ha calificado a Laughton de «el magnífico» a raíz de su interpretación en «El sospechoso» y aseguran que la creación que hace de Philip Marshall supera en mucho a la que el mismo artista realizó de un mayordomo en la obra «Ruggles of Red Cape». Laughton, en «El sospechoso» esculpe el personaje. Ni por un solo momento deja de ser Philip Marshall un hombre normal y cuando podría degenerar en un misero cobarde le imprime una valentía que pocos sabrían infundirle.

Una de las escenas más escalofrantes de «El sospechoso» es cuando se ve obligado a esconder el cadáver del vecino que intenta hacerle un chantaje, más por lo que supone que por lo que realmente sabe.

Charles Laughton sirvió como soldado en la primera guerra europea y, a consecuencia de haber sido atacado por gases asfixiantes fué licenciado y hospitalizado en Scarborough (Inglaterra). Tuvo la suerte de recobrar

la salud y reanudó su trabajo en el hotel. En 1925 se matriculó en la Royal Academy of Dramatic Art y un año después, recibía la medalla de oro Bancroft que es la recompensa más alta que concede a sus alumnos aquella institución.

Su primera obra como artista profesional fué «The Government Inspector» (El inspector del Estado), «Three sisters» (Tres hermanas), «The cherry Orchard» (El huerto de los cerezos), «Liliom» y «El marido feliz» (The happy husband).

En 1929 contrajo matrimonio

con Elsa Lanchester, actriz a quien conoció mientras trabajaban juntos en la obra «Mister Proack» y hasta la fecha, viven felizmente, caso insólito entre artistas y del que Hollywood se siente orgulloso.

En la lista de sus producciones cinematográficas se pueden añadir los siguientes títulos: «Los miserables», «Rembrandt», «The Beachcomber», «Jamaica Inn», «El jorobado de Nuestra Señora», «They knew what they wanted» (Sabían lo que querían), «It started with Eve» y «El sospechoso».

Los artistas más célebres

Las grandes producciones

La mejor literatura

siempre en



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín piérola Charles Collins
Melodía de Broadway Robert Taylor
Apuستا de amor René Raymond
Hóctor Fieramosca Cirio Carvi
El mundo a sus pies Lily Pons
Sepultada en vida A. Nazari
Defensores del crimen Richard Dix
Aventura Pampadour Kate de Nagi

Molodía rata Billy Bergal
Tiranes del mar Victor McLaglen
Cupido sin memoria Ann Southern
María Ilona Paula Wessely
Posada Jamaica Charles Laughton
El caso Varr Clive Brook
Quimera de Hollywood Jean Fontaine
Los tres vagabundos Heinz Rühmann

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabú, Toomay de los
elefantes Sabú
Tú cambiarás de vida . . . M. Redgrave
Las dos niñas de París . . C. Barghon
¿Es mi hijo? Lil Dagover
La última avanzada Cary Grant
Vacaciones jazz Harvey Mickey Rooney
Margarite Gautier Greta Garbo y
Robert Taylor
Mortal sugestión Ann Harding
Una chica insoportable Danielle Darrieux
Dijo manto de la noche Edmund Lowe
Alarma en el expres M. Redgrave
Crimen de medianoche Ramón Pareda
El signo de la Cruz Frédéric March
El asesino invisible Walter Abel
Los dos pillotes Jacques Tavit
Pygmalion Leslie Howard
María Estuardo Kath. Hobburn
Cuidado con lo q. haces Michael Redgrave
Por la dama y el honor Paul Lukas
El día que me quieras . . Carlos Gardel
El pequeño lord F. Bartholomew
Taratán de las fieras . . . Buster Crabbe
Albergue nocturno Greta Gynn

El misterio de Villa Rosa Judy Kelly
Aconada Dolores del Río
Forja de hombres Mickey Rooney
Un profesor millonario . . . René Raymond
Los peligros de la gloria James Cagney
La bella rebelde Ann Southern
Buscando fama Don Ameche
Una mujer imposible Jenny Jugo
El hombre del Nígar Victor Francen
Extraños en luna de miel Hugh Sinclair
Andrés Harvey Tenorio Mickey Rooney
Fruto derado Clark Gable
El secreto del marqués . . Armando Falconi
Irene Ana Neagle
Una hora en blanco Franchot Tom
La batalla Charles Boyer
La familia Robinson . . . Fr. Bartholomew
La muj. de las dos caras Greta Garbo
Luna llena Jean. MacDonald
La hora radiante Joan Crawford
Cuando ellas se encuent. Melvyn Douglas
El rapto de Laura Jean Fontaine
Una chica se divierte Joan Arthur
Una mujer endiablada . . . Lupe Vélez
El club 400 George Murphy

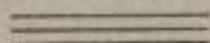
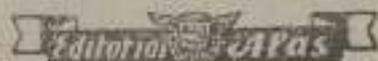
Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Los más célebres artistas

Las grandes producciones

La mejor literatura

siempre en



BIBLIOTECA CINE NACIONAL

2 ptas.

La última falla Miguel Ligeró
La reina mora María Arias
Rinconcita madrileña F. G. Velázquez
Masía de la O Carmen Araya
¿No quiero? ¿No quiero? José Boviera
Eran tres hermanas Lucita Gargallo
Bobemias Emilia Albaja
Don Floripando Valeriano León
Los hijos de la noche Miguel Ligeró

Martingala Niño Marchena
Ráptame usted Celia Gómez
Usted tiene ojos de mu-
jer fatal R. de Sentmenat
Tierra y cielo Mariachi Fresno
¡ai-ai! Inés de Val
¿Quién me compra un
un lío? Mariuja Tomás
Alas de paz Lois de Valois

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Carmen, la de Triana I. Argentina
El sabio loco L. Gargallo
La Dolerosa Rosita Díaz
La Millonaria R. de Sentmenat
Suspiros de España Miguel Ligeró
Gloria del Montcayo (Los
de Aragón) M. de Diego
El octavo mandamiento Lina Yagris
Fuerbe al Cielo Miguel Ligeró
El difunto es un vivo Antón Vico
Molinos de viento Pedro Teral
La alegría de la huerta Flora Santacruz
El barbero de Sevilla Miguel Ligeró
Melodía de arrebato I. Argentina
C. Cardel

Sol de Valencia Mariuja Gómez
Misterio en la Marisma Tony D'Algy
Rosas de otoño M. F. L. Cervera
La patria chica Estrellita Castro
La chica del gato Josita Hernán
Un episodio de familia Mercedes Vecino
La culpa del otro Luis Prados
Fin de curso Luchy Soto
Mi enemigo y yo Josita Hernán
Y tú... ¿quién eres? José Nieto
Una mujer en un tral Silvia Morgan
Una herencia en París Tony D'Algy
Empezó en boda Sara Montiel

SELECCIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón Miguel Ligeró
La Farsala Mariuja Tomás
Verbena Mariuja Tomás
Rosa de Africa Rafael Medina
Noche de engaño Amadeo Nazari

Cautivo del deseo Leslie Howard
Flor de espino Gracia de Triana
Tú llegarás Roberto Rey
Buenas noches M. Luisa Gerona
Otoño Roberto Rey

Perdidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

CANCIONERO

Precio: 50 cts.

MERCEDITAS LLOPFIU
LUIS MANDARINO (Tango)
RODRI MUR (Jazz-Hot)
RAMIRO RUIZ «HAFLES»
IMPERIO ARGENTINA (Aíza)
JUANITO VALDERRAMA
EL AMERICANO
ROSA DE ANDALUCIA
NISO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)
ESTRELLITA CASTRO
JUANITO MONTOYA
GAMILIN
LOLA FLORES
VIADOR
PIPE BALLESTEROS
NISO

NISO DE MARCHENA
BAMPER
NISO DE UTRERA
FILIPIN ARCOS
NISA DE LOS PEÑES
SUSMILLA
TRIO HUAFANGO
COJO DE HUÉLVA
MARTA FLORES
MAXOLO «EL GAFAS»
JOSE SEGARRA
PIPE BLANCO
CARMELA MONTES
TOMAS DE ANTICHERA
NISO DE AMADÉN
ROSARIO LA CARTUJANA
BONET DE SAN PEDRO

Precio: 60 cts.

PIPE MARCHENA
PASTORA SOLER
NISO DE VELEZ
ANTIGITA MORENO
JUANITO YAREA
CARLOS GARDEL (Homenaje a su me-
morie)
MANUELA DE RONDA
GRACIA DE TRIANA

CARLOS GARDEL (Inolvidables oca-
siones)
BONET DE SAN PEDRO
HUGO DEL CARRIL
CARLOS GARDEL (Selección de éxitos)
TOMAS MARCO (Jotas argentinas)
BLANQUITA SUAREZ
MANOLO «GABACOLA»
RAUL ABRIL

Precio: 75 cts.

LUIS MARAVILLA «LA COPLA ANDA-
LUZA»

CANCIONES DE JAZZ-HOT
EXITOS DEL GINE AMERICANO

Precio: 1 pta.

RITMOS DEL JAZZ
MELODIAS DE MODA
JAZZ y CANCIONES DE MODA
MUSA CURAMA «MACHIN»
EXITOS DEL MOMENTO. «JAZZ»

JAZZ-HOT Ramón Escaroto y su Orques-
ta (Agostón)
JAZZ-HOT Luis Duques y su Orquesta
(Agostón)
JAIME PLANAS y sus discos vivientes

Precio: 1'25 ptas.

QUINTA ESTESO
JAZZ-HOT Orquesta Planchón
N. GASTÓN y su ORQUESTA de JAZZ-
HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-HOT
CONCHITA FIGUERA

TRUDI BORA. JAZZ-HOT
LUIS ARAQUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO. JAZZ-HOT
CANALEJAS
TESAJA Y SU ORQUESTA. JAZZ

Precio: 1'50 ptas.

FERR PINTO
ADOLFO ARACO. JAZZ-HOT
MERCEDES VICINO. GINE-JAZZ
EXITOS DE LA RADIO
GALATYA y «LUCES DE VIENA»
JULIO GALINDO. JAZZ-HOT
ORQUESTA ESPASA. JAZZ
GOFALBO-LIBRONI. MEXICANAS
FRANCISCO BOLDU. JAZZ
RAUL ABRIL - BONET DE SAN PEDRO.
BERNARD HILDA
MUSA ARGENTINA
SEPULVEDA - EL DOLEDA.

MARLA LUISA GERONA - MARY MERCEDES
y TERESITA ARCOS
UNA VOZ Y UNA MELODIA (núm. 1)
JOSE VALEJO
UNA VOZ Y UNA MELODIA (núm. 2)
ORQUESTA DEMOND
MARIO GABARRÓN
BONET DE SAN PEDRO
LOS TRASHUMANTES
RITMOS HISPANOAMERICANOS
EIGUAL DE MOLINA
FRANCISCO ROVIALTA
RAUL ABRIL

PEDIDOS a



Apartado 707
BARCELONA





2⁵⁰ ptas.